

Selección
TERROR

CLARK CARRADOS

SATANAS NO NECESITA MEDICOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

SATANÁS NO NECESITA MÉDICOS

Colección

SELECCIÓN TERROR n.° 406 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

401 — *Los pérfidos ojos del muerto,* Lou Carrigan 402 — *Tratamiento de terror,* Adam Surray.

403 — *La dama de los cien cuchillos,* Clark Carrados 404 — *Fetichistas,* Lou Carrigan

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 30.702 - 1980 Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Había sollozos contenidos en la estancia, alumbrada únicamente por dos grandes cirios, situados sobre sendos candelabros, a ambos lados del ataúd. Un hombre permanecía en pie, con la cabeza inclinada, a pocos pasos del féretro. La mujer estaba sentada con las manos en la cara. Las lágrimas fluían abundantes a través de sus dedos.

Tres o cuatro personas más estaban en la fúnebre estancia, contemplando a la muerta que yacía en el féretro.

—Parece dormida.

—No ha sufrido nada, nada...

—Era tan hermosa...

—Como un ángel...

La muerta yacía con las manos cruzadas sobre el pecho, sosteniendo un crucifijo. Realmente, parecía dormir. Los labios y las mejillas, incluso, conservaban buena parte del color que habían tenido en vida.

Un hombre de edad se acercó a los padres de la muerta.

—Lo lamento, señor Heaton —dijo—. Mis limitados conocimientos no fueron suficientes para evitar... Pero el doctor Huckmaster corroboró mi diagnóstico...

Ed Heaton puso una mano encima del médico.

—Usted hizo lo que pudo, doctor Long —contestó—. La ciencia, en ocasiones, resulta impotente contra la enfermedad. No se reproche nada; al contrario, le estamos muy agradecidos por todo lo que hizo en favor de la pobre Sally.

Un sollozo subió a la garganta de Heaton, pero logró dominarse.

—Confiamos en que Sally rece por nosotros desde el cielo —añadió melancólicamente.

Abajo, en la planta de la modesta casa, se oyeron algunas voces. Dos hombres entraron en la estancia. Heaton los miró y acercándose luego a su esposa para abrazarla.

—Es la hora, querida —dijo—. Debemos despedirnos de Sally para siempre.

La señora Heaton hizo un enorme esfuerzo por acercarse al ataúd.

Dio un último beso a la difunta y luego, hecha un mar de lágrimas, se dejó llevar por unas vecinas compasivas.

El féretro bajó a la tumba poco más tarde. El sacerdote rezó sus últimas oraciones.

Luego, poco a poco, todos los asistentes empezaron a volver a sus casas.

No lejos de aquel lugar, dos hombres contemplaban en silencio la fúnebre ceremonia.

Uno de ellos se puso un cigarro en la boca, pero el otro hizo un irritado ademán.

—Ahora no, Storrel —dijo.

—Disculpe, doctor —contestó el sujeto humildemente—. No me di cuenta...

Winston Graham Huckmaster y su acompañante permanecieron en el mismo sitio durante largo rato. Cuando la noche cayó, Huckmaster abandonó su observatorio y se acercó a la tumba recién ocupada.

—Pronto, Storrel, empieza —dijo.

El sujeto empezó a apartar la tierra con una pala. Instaba blanda y ello facilitó considerablemente su tarea. Antes de una hora, el féretro quedaba nuevamente al descubierto.

Storrel desclavó la tapa del ataúd. Inclinándose, cogió en brazos a la joven que yacía allí y la levantó hasta el nivel del suelo, pasándola a los brazos de Huckmaster, quien se incorporó en el acto.

—He de volver —anunció—. Procura dejar todo tal como estaba. No cometas imprudencias.

—Descuide.

Huckmaster se perdió en las tinieblas. Una vez se volvió y contempló la lúgubre escena que dejaba atrás. A la luz de un farol situado en el suelo, Storrel movía la pala aceleradamente, rellenando de nuevo una tumba que ahora estaba vacía.

Los dientes de Huckmaster brillaron en una silenciosa carcajada. Luego, cargado con aquel cuerpo inerte, continuó su camino hasta fundirse con las tinieblas.

* * *

Inesperadamente, Darcy Byrnes se encontró con una antigua

conocida.

A decir verdad, fue ella quien lo detuvo. Byrnes no la había visto y ya iba a pasar de largo, cuando sintió una mano enguantada se apoyaba en su brazo.

—¿Darcy? ¿Darcy Byrnes? —dijo Minna Svenson. El joven se detuvo. Fijó la vista en la mujer y sonrió.

—Por todos los diab… ¡Si es Minna Svenson! —exclamó—. ¿De dónde sales, encanto? ¿Qué es de tu vida? Oye, ¿sabes que estás más guapa que nunca?

Minna rió halagada.

—Me conservo —repuso—. Y tú tampoco estás tan mal. Tienes el rostro bronceado, más atlético que nunca…

—Estuve en el Sur. Trabajando, como de costumbre. Ahora me estoy tomando unas vacaciones. Durarán seis meses, por lo menos.

—Has pasado dos años fuera del país —dijo ella.

—Y cuatro meses, que me parecieron otros tantos siglos —suspiró Byrnes—. Por cierto, no te he preguntado aún por tu esposo.

—Murió, Darcy.

—Oh, lo siento… No sabía nada; te habría enviado un telegrama en caso contrario… Discúlpame, Minna.

—No te preocupes. Yo lo apreciaba mucho, pero… ya sabes por qué nos casamos. Byrnes asintió.

La mujer que tenía frente a sí era muy hermosa, de cuerpo generosamente contorneado, pelo castaño rojizo y ojos verdosos. Años antes, Minna trabajaba como corista, hasta que un hombre de edad y muy adinerado se encaprichó de ella y la convirtió en su esposa. Ahora, pensó Byrnes, la antigua corista era una mujer inmensamente rica.

En tiempos, había sostenido un tórrido romance, que cesó cuando otro hombre empezó a rondar a la corista. Byrnes sabía que no podía competir con Olaf Svenson y se retiró discretamente. Por lo que sabía, Minna había sido siempre una esposa fiel y leal, a pesar de las murmuraciones y de la maledicencia.

Los ojos de la joven chispeaban.

—Mi casa está cerca —dijo—. ¿Por qué no vienes a tomar una copa conmigo? ¿O tienes algún compromiso, Darcy?

—Ninguno. Ya te he dicho que estoy de vacaciones.

—Entonces, vamos.

Minna se colgó del brazo del joven y lanzó una alegre carcajada.

—Aunque no te lo creas, he pensado mucho en ti —dijo—. Siempre me preguntaba dónde podrías estar, pero nunca diste señales de vida...

—No me pareció correcto —contestó él.

—Olaf lo sabía. Se lo dije cuando me propuso matrimonio. Le gustó mi sinceridad. Pero también le prometí fidelidad y lo cumplí, Darcy.

Minna le sirvió una copa minutos más tarde. Byrnes se sentía asombrado del lujo en que se desenvolvía actualmente la ex corista.

Ella le miraba intensamente.

—Fuiste muy bueno, Darcy —continuó la conversación iniciada en la calle—. Supiste que me convenía ese matrimonio y te apartaste sin protestar, sin hacer escenas...

—Yo no podía proporcionarte lo que él sí te iba a dar —contestó el joven—. Creo que cualquier otro, en mi lugar, habría hecho lo mismo.

—No estoy de acuerdo, pero no discutiremos el tema. ¿Otra copa? El teléfono sonó de pronto.

—Dispensa, Darcy —rogó ella.

Byrnes se retrepó en el diván. Estaba relativamente cerca y no pudo evitar oír lo que decía la joven a su interlocutor.

—Sí, le oigo perfectamente, señor MacCrailsh... De modo que ese individuo quiere comprar Los Robles... Bien, si el precio es interesante y ofrece garantías... No se preocupe, lo dejo todo en sus manos. Gracias, señor MacCrailsh.

Minna colgó el teléfono y volvió junto a su invitado.

—No era nada de particular —dijo—. Hay un tipo que quiere comprar una casa que fue de mi difunto esposo. Es una propiedad que sólo reporta gastos, en un pueblo llamado Five Miles...

—Cuando un bien origina gastos y no da ganancias, lo prudente es deshacerse de él — opinó Byrnes.

—Y el caso es que me gusta —suspiró ella—. Está en un paraje muy pintoresco, rodeada por un gran bosque... Pero no soy mujer de campo; una vez allí una semana y al tercer día me sentía más que harta. Claro que no podía dejar a Olaf...

Sonrió y se sentó en las rodillas del joven.

—Darcy, ocupémonos ahora de nosotros mismos —propuso—. ¿Por qué no celebramos dignamente el encuentro?

—¿Cómo? —inquirió él. Minna le besó en los labios.

—Esa es una pregunta muy tonta —dijo ardientemente. Byrnes vaciló un instante.

Le había costado mucho tiempo superar la crisis que tuvo cuando rompió con aquella hermosa mujer. ¿Iba a caer de nuevo en la misma tentación?

Pero era un hombre joven, vigoroso, en la plenitud de su vida. Cerró los ojos a todos los escrúpulos y se dejó llevar por la pasión del momento.

* * *

Minna tenía la cabeza lánguidamente apoyada en el pecho del joven. Byrnes fumaba un cigarrillo. Ahora se sentían los dos muy relajados. El fuego se había apagado momentáneamente.

—Me ha parecido volver a los viejos tiempos —dijo ella de pronto.

—¿Viejos? Hace menos de tres años…

—Bueno, era sólo una frase, Darcy.

El timbre de la puerta sonó de pronto. Minna alzó la cabeza.

—¿Esperas a alguien? —preguntó él.

Minna se sentía sorprendida.

—No —contestó—. Mi doncella tiene su día libre… Además, habría llegado por la puerta del servicio…

El timbre sonó de nuevo. Minna abandonó la cama, metió los pies en unas zapatillas y se puso una bata.

—Vuelvo en seguida —prometió—. Sea quien sea, lo echaré a patadas.

La joven se alejó. Byrnes, con el cigarrillo en los labios, puso las manos bajo la nuca. Las voces de Minna y de otra mujer llegaron claramente a sus oídos.

—¿Señora Svenson? Soy Ethel Barrow —dijo la visitante—. Disculpe que la moleste, pero quería decirle algo…

—Tengo prisa, señorita Barrow —cortó Minna fríamente—.

Además, no la conozco a usted…

—Sé que es la dueña de Los Robles, en Five Miles. Esa propiedad también tiene el nombre de Haphad Hill. ¿Lo sabía?

—Por supuesto. Pero no entiendo a qué viene esta visita. ¿Acaso quiere comprarme la propiedad?

—¡Ojalá pudiera! —dijo la visitante—. Sólo he venido a pedirle que no la venda al doctor Huckmaster.

—¡Cómo! —se escandalizó Minna—. ¿Quién le ha dicho a usted…?

—Eso no importa ahora, señora Svenson. Lo que sí es importante es evitar que venda Los Robles a un asesino.

La palabra era muy fuerte y llamó la atención de Byrnes, quien se levantó en el acto, atraído por una invencible curiosidad. Desnudo como estaba, se acercó a la puerta y la entreabrió ligeramente.

Minna estaba de espaldas a él y frente a una muchacha de poco más de veinte años, de pelo rubio, largo y liso, vestida con una blusa, chaleco con grecas rojas y blancas, y pantalones metidos en unas botas de media caña. Le pareció que era una muchacha muy enérgica pero que, no obstante, sentía un cierto nerviosismo, cuyos motivos desconocía. Minna se irguió, terriblemente enojada.

—Señorita Barrow, quiero que sepa que no acepto consejos de nadie acerca de lo que debo hacer con mis propiedades, y menos si se trata de una persona desconocida, que tiene todo el aspecto de hablar de lo que no le importa en absoluto. Tampoco conozco a ese doctor Huckmaster, pero si cree que es un asesino, vaya a la policía.

Apenas había terminado de hablar, Minna agarró a la chica por un brazo, la hizo girar en redondo y la empujó fuera de la casa. Ethel intentó volverse, pero estuvo a punto de recibir la puerta en pleno rostro.

Byrnes sonrió y regresó al lecho. Minna era suave y dulce con las personas a las que apreciaba, pero había momentos en que sacaba a relucir su genio y entonces se veía en ella a la antigua corista, que había tenido que luchar despiadadamente para llegar a ser algo. Apenas se había tendido en la cama, llegó Minna.

—Habrás oído lo que me ha dicho esa loca, supongo —exclamó, a la vez que tiraba la bata a un rincón.

—Todo —contestó él—. Pero no le hagas caso; en este mundo, abundan los chiflados más de lo que nos suponemos.

Atrajo a Minna hacia sí y mordisqueó su oreja.

—Ha sido un incidente muy desagradable, pero voy a hacer que lo olvides por completo —susurró.

Minna se estremeció.

—Darcy, por favor...

Los labios del joven descendieron ahora al cuello, blanco y perfumado.

—Olvídate de esa loca —insistió.

De pronto, ella se volvió y buscó su boca.

—Es lo mejor —convino.

Luego volvieron a descansar. Minna apoyaba su cabeza en el pecho del joven. Byrnes había pasado un brazo por sus hombros.

Estuvieron un rato callados. Luego, inesperadamente, Minna se sentó sobre sus talones.

—Darcy, se me ha ocurrido una idea —dijo.

—¿Adónde tengo que ir? —preguntó él.

—¿Cómo lo has adivinado? —se asombró la joven.

Byrnes se echó a reír.

—Cariño, cuando una mujer me dice que se le ha ocurrido una idea, sólo puede tratarse de dos cosas: o que le compre algo o que la lleve a algún sitio. Como a ti no te hace falta que yo te compre nada, sólo puedes pedirme que te lleve a... Tú dirás dónde, hermosa.

—No quiero que me lleves a ninguna parte —respondió ella—. Pero, en cambio, «sí quiero» que vayas tú.

Byrnes, atónito, se sentó también en la cama.

—¿Adónde, si se puede saber?

Minna entornó los ojos.

—Tengo la sensación de que Ethel Barrow no está tan loca como parece y que hay un fondo de verdad en sus palabras. Francamente, se necesita estar muy chiflado para visitar a una persona a la que no se conoce y pedirle que no venda su propiedad.

—Eso sí es cierto —convino Byrnes—. ¿Y bien?

—Entonces, quiero que vayas a Five Miles y, discretamente, averigües lo que puedas acerca de ese doctor Huckmaster.

Byrnes presentía ya la petición y no se extrañó de aquellas palabras. Minna sonrió y le echó las manos a los hombros.

—Hazlo por mí —suplicó—. Y no regatees gastos; correrán por mi cuenta, ¿entendido?

Byrnes suspiró.

—Soy un tipo débil con las mujeres y no sé negarles nada —contestó.

CAPÍTULO II

Era una muchacha robusta, pero también esbelta y sumamente atractiva, la viva estampa de la salud y el vigor juveniles, en un cuerpo femenino de innegables atractivos. Indudablemente, se debía a la vida continua en contacto con la naturaleza, pero también a la herencia genética. Moira Stevens cuidaba de las vacas en el prado y soñaba con una existencia mucho más agradable, en sitios lujosos, con trajes resplandecientes y los hombres cayendo a sus pies.

Hacía un tiempo espléndido y se había desabrochado la blusa, dejando al aire los senos, firmes y erguidos. Sentada en una roca, tenía los ojos cerrados, mientras dejaba que el sol dorase la piel de su torso de diosa.

Moira ignoraba que no estaba sola y que unos ojos codiciosos contemplaban su figura. De haberlo sabido, habría corrido a garrotazos al curioso mirón, pero éste se hallaba muy bien escondido tras unos arbustos cercanos.

Un moscardón zumbó en las inmediaciones. De pronto, Moira sintió un picotazo en el pecho, debajo del seno izquierdo.

Sobresaltada, se dio un manotazo en aquel lugar.

—Maldita avispa...

Bajó la vista y comprobó que no había sido una avispa irritada. Sin embargo, pudo ver una minúscula gotita de sangre en el lugar donde había recibido el picotazo.

Una roncha de color rosa fuerte apareció a los pocos segundos. Moira era una chica prevenida y seguía los consejos del doctor Long, para casos semejantes. Tenía una bolsa al lado y sacó un frasquito con amoníaco, con el que empapó un poco de algodón, para frotarse el lugar afectado por la picadura del insecto.

A los pocos momentos, sintió un considerable alivio y cesó el escozor. Luego se puso una tirita de tela adhesiva. Mañana estaría como nueva, pensó, mientras cubría de nuevo su hermoso pecho.

El espía, satisfecho, se retiró con toda discreción. Moira siguió en el mismo lugar, hasta que llegó la hora de llevar las vacas al establo.

Aquella noche, se acostó con unas décimas de temperatura. A la mañana siguiente amaneció ardiendo de fiebre y su madre, asustada, llamó al doctor Long.

El médico llegó en seguida y diagnosticó un solemne catarro, pescado por la afición de la chica a meter los pies descalzos en el agua de los arroyos.

—Todavía hace demasiado frío para esas diversiones —dijo al despedirse.

La fiebre cedió en virulencia, pero Moira no se sintió mejor. Al cabo de unos días, empezó a perder el apetito y apareció desinteresarse de la existencia.

* * *

Ethel Barrow oyó la campanilla de llamada y salió de la casa. *Duke*, su perro lobo, ladró con fuerza, en dirección a la cancela que cerraba la tapia del jardín que rodeaba su casa.

A través de los hierros de la verja, Ethel pudo ver un rostro conocido. El jardín no era muy grande y había menos de cincuenta metros desde la casa a la entrada. Dudó un momento, pero acabó por salir y caminó a lo largo del sendero central, seguida por el can, que no cesaba de gruñir amenazadoramente.

El doctor Huckmaster sonreía al otro lado de la reja.

—Buenos días, señorita Barrow —saludó, destocándose ceremoniosamente—. ¿Me permite que hable unos momentos con usted?

—Sí, pero no le dejaré pasar... ¡Cállate, *Duke*! —exclamó la muchacha.

El perro se echó, gruñendo sordamente. Ethel volvió a encararse con el hombre.

—Hable, doctor —invitó secamente.

—No es muy amable —se quejó él.

—Lo siento. Usted no me ha simpatizado nunca. ¿Por qué no voy a serle sincera?

—Aquel desdichado incidente...

—Será mejor que lo olvidemos, doctor.

—Fue algo involuntario, créame.

—Cada uno tiene derecho a su propia opinión.

—Sí, eso estoy viendo —suspiró Huckmaster—. Y, por lo mismo, presiento que mi petición va a ser rechazada.

—¿Qué petición? —preguntó Ethel.

—Quiero comprarle su casa, con el jardín, naturalmente. Puedo ofrecerle hasta seis mil libras esterlinas...

—¡No! —contestó la chica.

—Seis mil quinientas —subió la cifra el doctor Huckmaster.

—No insista, es inútil. En primer lugar, estoy muy bien aquí y en segundo, no necesito su dinero para nada.

—Siete mil.

—¿Es usted sordo? —dijo Ethel burlonamente—. ¿Por qué quiere pagar tanto por algo que no es ni la décima parte de lo que tiene?

—Haphad Hill no es aún mío, señorita.

—Bueno, pues no importa. Debe saber una cosa, doctor: no es porque se trate de usted, sino porque no vendería mi propiedad a nadie.

—Usted me mira mal desde...

—Eso es cierto, pero no tiene que ver nada con mi negativa. Si tiene un mínimo de lo que corrientemente se llama cortesía y buena educación, se marchará ahora mismo y me dejará seguir con mi trabajo.

Huckmaster sonrió de un modo especial.

—No es frecuente ver a una chica sola, tan joven, viviendo en este aislamiento...

—Me encuentro muy a gusto, eso es todo. ¡Buenos días, doctor!

En aquel momento se oyó un alegre silbido. Huckmaster se volvió y divisó a un hombre que bajaba por un sendero que corría a lo largo de una loma próxima. Hizo una mueca de rabia, giró sobre sus talones y se subió al coche en que había llegado a la casa.

Mientras. Darcy Byrnes se acercaba al lugar.

* * *

Había pernoctado en el pueblo vecino, a unas seis millas de distancia, levantándose muy temprano para continuar el viaje a pie. Su coche quedó guardado en un garaje y, tras colocar un mínimo de equipaje en una vieja mochila, inició la marcha. Poco después de las diez de la mañana, había avistado el cerrado valle en que se hallaba Five Miles.

Casi parecía el cráter de un volcán antiquísimo, cuyos bordes, al cabo de incontables siglos, habían desaparecido por completo, convirtiéndose en lomas de suaves laderas, cubiertas de árboles y prados. El pueblo estaba en la parte más profunda, no lejos del arroyo que cruzaba el cuenco en toda su longitud.

El valle tenía aproximadamente forma oval, aunque no demasiado pronunciada. El eje mayor medía unos tres kilómetros y dos y medio el menor. En el lado Sur se divisaba un extenso bosque de robles, en el centro del cual se hallaba la casa propiedad de Minna Svenson.

El lugar le había agradado de inmediato. Antes de partir, se había procurado un mapa de la comarca, lo que le dio las indicaciones necesarias para poder moverse sin demasiadas dificultades. Five Miles era una pequeña aldea, en la que no vivían más allá de cien personas. La comarca parecía pacífica y relativamente próspera. El paisaje, sobre todo en el buen tiempo, resultaba encantador.

Había caminado casi todo el tiempo a campo traviesa. Ahora se acercaba a una casa solitaria, situada a unos quinientos pasos del núcleo de población. Los Robles, o Haphad Hill, que de ambas maneras se denominaba, estaba en el lado opuesto del valle, a unos mil quinientos metros y a doscientos o cosa así más alta que el sitio en que se encontraba.

Una loma ocultaba el pueblo desde aquel punto. Byrnes se acercó a la casa rodeada por un jardín, a su vez protegido por una tapia. Un perro ladró al oír sus silbidos.

—Hola —dijo alegremente—. ¿Voy bien por este camino para llegar a Five Miles?

Ethel tendió el brazo izquierdo.

—Siga por el sendero hasta aquel grupo de árboles y tome el camino de la derecha. La colina oculta el pueblo, señor —respondió.

Duke se había sentado sobre sus patas traseras y contemplaba curiosamente el forastero. Byrnes se sentía enormemente sorprendido al reconocer a la muchacha que había visitado a su amiga de forma tan agitada.

—Muchas gracias, señorita —dijo, recuperándose de la sorpresa—. Me llamo Byrnes, Darcy Byrnes, y estoy de vacaciones.

—¿A pie? —sonrió ella.

—Es el mejor medio de conocer un país. No se sujeta uno a horarios, descansa donde le apetece, pernocta cuando llega la noche en el primer pueblo que le sale al paso... y si el lugar es agradable, se

queda uno a pasar algunos días, contemplando los alrededores.

—No es mala idea —convino Ethel—. Pero sólo realizable en el buen tiempo.

—Por supuesto. Bonito perro —elogió Byrnes.

—Se llama *Duke*. Lo crié yo y está educado para defenderme.

—En estos tiempos, es una sana precaución. Muchas gracias por todo… Ah, ¿hay alguna posada en el pueblo?

—Sí. Pregunte por la señora Mathieson. Cualquiera le indicará dónde tiene su casa. Byrnes se cubría con una gorra a cuadros y tocó ligeramente la visera.

—Muchas gracias, señorita…

—Barrow, Ethel Barrow.

—Encantado, miss Barrow. Adiós, *Duke*.

El perro ladró y meneó la cola. Byrnes reanudó su camino y los silbidos con que acompañaba sus pasos.

Duke arreció en sus ladridos. Byrnes se volvió y sonrió anchamente.

—Supongo que se queja de lo desafinado de mi música —dijo—. No puedo evitarlo; tengo un oído catastrófico.

Ethel se echó a reír alegremente. Agarró al can por el collar y tiró de él hacia la casa.

—Vamos, *Duke*, tenemos que seguir trabajando.

Byrnes se volvió una vez más, pero ya no pudo ver a la muchacha. Era una coincidencia asombrosa, se dijo. Claro que sólo una joven que viviera en aquellos parajes podía saber que Huckmaster era una persona poco recomendable.

Pero ¿era un verdadero asesino?

«Tendré que entablar amistad con esa chica, para conocer sus motivos», pensó. Rodeó la loma y Five Miles apareció ante sus ojos, a cien pasos de distancia.

Cuando entraba en el pueblo, en realidad, dos hileras de casas a ambos lados de una estrecha carretera, vio unas cuantas personas en la puerta de un edificio.

Un hombre de mediana edad, grueso y medio calvo, salió de la casa, con un maletín en la mano. Alguien se le acercó. Para Byrnes, evidentemente, se trataba de un médico que acababa de asistir a un

paciente.

Desde donde estaba, pudo ver que el médico meneaba la cabeza pesarosamente. Algunos de los presentes dieron muestras inequívocas de sentimiento. Luego, el médico se alejó y el pequeño grupo empezó a disolverse.

Byrnes se acercó a uno de los aldeanos y le preguntó por la posada. El hombre señaló un edificio con la mano: —Aquél es —indicó.

—Gracias —contestó Byrnes. Y echó a andar de nuevo.

CAPÍTULO III

Había un cartelito en la puerta y, después de leerlo, Byrnes la empujó, lo que hizo sonar una campanilla, encontrándose en un limpio vestíbulo, con un pequeño mostrador, en el que se veía un jarrón rebosante de flores frescas. Una mujer bajó a los pocos instantes del primer piso.

—Hola —saludó Byrnes, tratando de ocultar su sorpresa—. Me han dicho que ésta es la posada y que alquilan habitaciones.

—En efecto —respondió ella—. Soy la señora Mathieson.

—Me llamo Darcy Byrnes. Pienso pasar unos días en el pueblo, señora. Si tiene libro, firmaré...

—Claro. Acérquese, por favor.

Byrnes observó furtivamente a la mujer, que no tenía siquiera treinta años. Era bastante alta y muy esbelta, con el pelo rubio sumamente corto, en forma de casco. Tal vez sus facciones resultaban un tanto irregulares, pero desprendía un extraño atractivo difícil de ignorar.

Firmó en el libro. Tisha Mathieson tomó una llave.

—Sígame, por favor, señor Byrnes.

Caminando detrás de la joven, llegó al primer piso. Tisha abrió una puerta, de recios cuarterones de oscuro roble y se echó a un lado.

—Es la mejor —declaró—. Tiene baño independiente.

—Muchas gracias, señora; no esperaba encontrar tantas comodidades en una aldea tan pequeña.

—A nosotros también nos agradan las comodidades —sonrió ella —. De todos modos, esto no fue posada originalmente. Era una casa particular y mi esposo realizó en ella algunas modificaciones, cuando decidió dedicarse a este negocio.

—Comprendo.

Byrnes dio un par de pasos dentro de la habitación, amueblada severamente, pero con un cierto encanto antiguo, que la confería un aire acogedor sumamente atractivo. Sonriendo, se volvió hacia la joven, que permanecía aún en el umbral.

—Me gusta —dijo.

—Lo celebro, señor Byrnes. El almuerzo es a las doce y media y la

cena a las seis y media. El desayuno, cuando se levante; bastará que toque el timbre que tiene junto a la cabecera de la cama. Si desea algo especial, dígamelo para procurar complacerle.

—Oh, en cuanto a comidas, me gusta todo; no se salga de sus costumbres, se lo ruego.

Tisha hizo un leve movimiento con la cabeza. Ya se disponía a retirarse, cuando Byrnes levantó la maño.

—Por favor, señora —dijo.

—¿Sí?

—Cuando llegaba vi un grupo de gente parados frente a una casa. Parecía como si sucediera algo grave...

—Una pobre muchacha está muriéndose —respondió Tisha—. Se llama Moira Stevens y hace menos de una semana era la viva estampa de la salud y la simpatía. Ahora...

Tisha meneó la cabeza.

—El doctor Long ha perdido todas las esperanzas —concluyó.

Cerró la puerta y Byrnes quedó solo en la estancia. Tras dejar la mochila y la gorra sobre una silla, se acercó a la ventana. Desde allí, podía ver Los Robles, a menos de dos kilómetros de distancia. La parte inferior del edificio quedaba oculta por la frondosidad del bosque que lo rodeaba, pero podían verse las ventanas del primer piso y el tejado, de pizarra, a dos aguas, con los salientes de las buhardillas.

Entornó los ojos. Allí residía el hombre de quien Ethel decía era un asesino. Se preguntó qué interés podría tener en comprar la propiedad. Y también se preguntó por qué había aceptado el encargo de Minna. ¿No estaba metiéndose en compromisos que en nada podían beneficiarle?

Sacudió la cabeza y desechó tales ideas.

«No te quejes; lo aceptaste sin pensártelo dos veces, porque te entró una curiosidad invencible», pensó. Y después, algo más animado, se encaminó al baño para asearse, después de caminar sin descanso desde las ocho de la mañana.

* * *

A las seis y media de la tarde, cuando bajaba al comedor, oyó gritos en el exterior. Alarmado, cruzó el vestíbulo y se asomó a la puerta de la calle. En la casa de los Stevens se percibía cierta

agitación.

Un hombre pasó por delante de él, meneando la cabeza con aire apesadumbrado.

—Moira ya está en la gloria —murmuró.

Byrnes regresó al interior de la posada. Tisha le aguardaba junto a la mesa, ya preparada.

—Creo que ha muerto esa pobre chica —dijo él.

—Era de esperar —contestó la joven.

—¿No había esperanzas?

—No, si tenía la misma enfermedad que otros que la padecieron antes que ella. Byrnes levantó las cejas.

—¿Una epidemia?

Tisha se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, ni siquiera el doctor Huckmaster —respondió.

—Ah, Huckmaster...

—Sí, el científico que vive en Los Robles. Es también médico y el doctor Long solicitó su colaboración en algunos casos. Ninguno pudo hacer nada por los pacientes.

—Si se tratase de una epidemia, deberían informar al Ministerio de Sanidad, ¿no le parece?

—Eso es cosa del doctor Long. ¿Le sirvo ya la cena?

—Por favor.

Byrnes comió bastante preocupado. Al terminar, elogió el menú, cosa que no le costó, porque realmente había sido una cena muy apetitosa. Luego preguntó a Tisha si había un lugar donde tomar una copa antes de acostarse.

—Vaya a la taberna de Monte Vaugham —contestó la joven—. Está un poco más arriba; ya verá luces en la puerta.

—Gracias.

—Cuando regrese, toque la campanilla tres veces. Así sabré que es usted y podré abrirle desde mi dormitorio. Hay cerrojo eléctrico, ¿comprende?

—Claro.

En la taberna, apreció Byrnes, había muy poca animación. El

dueño atendió a Byrnes sin demasiados recelos. Era un buen whisky, apreció el joven, mientras sorbía lentamente el cálido licor contenido en el vaso de grueso vidrio.

De pronto oyó una voz chirriante, que parecía producto de un estallido de cólera:

—¡Pues yo no pienso aguantar más en este maldito pueblo! Que digan lo que quieran; me han hecho una buena oferta y la acepto. Mañana iré a ver al doctor Huckmaster para cerrar el trato.

—Este valle tiene porvenir, Dave —dijo alguien con acento reposado.

—Porvenir, un cuerno. Algo debe de haber, cuando la gente muere como moscas y sin que se sepa por qué. No, amigos, a mí no me pesca esa maldita epidemia, mientras pueda evitarlo...

Byrnes entornó los ojos. Por lo visto, Huckmaster no se contentaba solamente con intentar comprar Haphad Hill. ¿Acaso quería convertirse en el único propietario del pequeño valle?

Más tarde, en la soledad de su habitación, sacó de su mochila unos potentes prismáticos, provistos de un pequeño trípode, para dar fijeza a las imágenes, y los enfocó hacia Haphad Hill, no sin antes apagar la luz para evitar ser visto casualmente.

Recorrió todo el edificio, visible con cierta facilidad, gracias a la luz de la luna en creciente. Pudo divisar un camino que serpenteaba entre los robles, a veces oculto por los mismos y se dio cuenta de que era el que unía la propiedad con Five Miles.

Al cabo de un rato, vio luz en una de las habitaciones del piso superior. Los prismáticos, de veinte aumentos, agrandaban las imágenes de modo que la ventana venía a quedar aparentemente a menos de cien metros.

Huckmaster estaba allí, en la habitación. Inmediatamente reconoció al sujeto, alto, fornido, de rostro aquilino y sonrisa sardónica. Pero Huckmaster no estaba solo.

Había una mujer con él. Le pareció joven, muy hermosa, con el pelo suelto sobre los hombros, apenas cubiertos por un peinador de tul. El peinador cayó de pronto al suelo y vio los hermosos senos de la joven. De pronto. Huckmaster corrió una cortina y la escena desapareció de los ojos de Byrnes.

Muy pensativo, guardó los prismáticos y el trípode, encendió la luz. Tardó un poco en dormirse, pero, al fin, el sueño le abatió y dejó de sentir preocupaciones.

* * *

Después del desayuno, salió a dar un paseo. Recorrió parte del valle y, cercano el mediodía, llegó a las inmediaciones de la casa de Ethel Barrow.

Duke ladró con fuerza. La muchacha salió a la puerta y dirigió la vista hacia la cancela.

Byrnes saludó desde allí con la mano.

—¡Buenos días! —gritó.

El perro llegó y se apoyó las patas en una barra horizontal. Byrnes le acarició la cabeza, a lo que el can contestó con alegres movimientos de la cola.

—¡Cuidado, puede morderle! —exclamó la chica, a la vez que corría a la entrada.

—*Duke* y yo nos hemos hecho muy amigos —sonrió él—. ¿Cómo está, señorita Barrow?

—Parece que le ha gustado el país —observó Ethel, sonriendo amistosamente.

—Bien, ya se lo dije ayer. No tengo prisa por llegar a un sitio ni por abandonarlo, una vez llegado. El tiempo es maravilloso, el ambiente inigualable, no me persigue nadie… Me quedaré unos cuantos días.

—Celebro que le haya agradado. ¿No quiere pasar y tomar una taza de té?

—¿No teme nada de un vagabundo al que sólo conoció ayer?

Ethel acarició la cabeza del perro.

—*Duke* estará con nosotros —repuso, a la vez que descorría el cerrojo de la verja—.

Pero usted es persona en la cual se puede confiar. Salta a la vista.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí. Por lo que he podido entender, debo deducir que vive sola.

—Así es —admitió Ethel—. Mi padre ocupa un cargo muy importante en una gran empresa de Liverpol. A mí no me gusta el ambiente, salvo en invierno, cuando aquí se está en un país cubierto continuamente de brumas y lloviendo a diario.

Entraron en la casa. Era pequeña, aunque con dos plantas, y

decorada con mucho gusto. Ethel le condujo a una habitación de grandes dimensiones, muy iluminada, en la que Byrnes pudo ver un gran tablero de dibujo y numerosos elementos para pintar.

—En seguida traeré el té —dijo ella.

Duke se sentó sobre sus patas traseras. Dennison se acercó al tablero y contempló los dibujos que había sobre el papel. Estaba todavía contemplándolos cuando llegó Ethel con una bandeja en las manos.

—¿Le gustan? —preguntó.

—Son deliciosos —respondió él, volviéndose—. Tiernos, ingenuos y veraces, pero, al mismo tiempo, hermosamente descriptivos de la realidad.

Ella abrió mucho los ojos.

—Nunca me habían dicho una cosa así —exclamó.

—Es lo que siento. ¿Ilustra cuentos infantiles?

—Lo ha adivinado. Tengo, cierto mérito y no me faltan los pedidos.

—Debo felicitarla —dijo él, mientras removía el azúcar de su taza —. Quizá por eso se ha retirado a Five Miles. Está aislada y, como he podido apreciar, tiene muchos modelos en la naturaleza del valle.

—Esta época es la más hermosa del año. Puedo salir continuamente a copiar las flores, los frutos y las plantas, que luego reproduzco en los dibujos. Me gusta estar aquí y en este tiempo.

—La comprendo perfectamente. De todos modos, también hay tristeza en esta época. Ethel se puso seria,

—Tal vez se refiere usted a la pobre Moira Stevens —dijo,

—He oído comentarios. Creo que se trata de una muchacha muy linda...

—Algo pasa en el valle. La gente muere, sin que nadie se explique las causas... Hay muchos que han abandonado la comarca, ¿sabe?

—¿Por temor a una epidemia?

Ella guardó silencio unos instantes,

—Lo siento, no puedo responderle —dijo al cabo.

Byrnes entendió que ya habían hablado bastante y apuró su taza.

—Le agradezco la invitación —sonrió—. Ha sido usted, muy amable, señorita Barrow.

—Gracias por sus elogios, señor Byrnes. El joven se encaminó hacia la puerta.

—No se moleste, yo cerraré la verja. Buenos días.

—Adiós.

El perro se le acercó y frotó el morro contra su costado.

Byrnes le hizo un par de caricias y luego echó a andar hacia la salida.

Ethel no había querido ser explícita. Tal vez se mostraba reticente con él, por el hecho de ser un forastero. No podía culpársele de su reserva. Y, por otra parte, le parecía prematuro revelar los verdaderos motivos de su estancia en Five Miles.

Por la tarde, se efectuó el entierro de Moira Stevens.

CAPÍTULO IV

Al llegar la noche, Byrnes corrió las cortinas y situó los prismáticos sobre el pequeño trípode, apoyado encima de la mesa que había llevado junto a la ventana, al igual que la víspera. Apagó la luz, descorrió la cortina, pero mantuvo los ojos cerrados durante largo rato, hasta que estuvo seguro de haberlos habituado a la oscuridad de la noche.

Entonces puedo ver las cosas mucho mejor. Haphad Hill aparecía absolutamente tranquila. Gracias a la luz de la luna, podía divisar perfectamente el sendero.

Estuvo así durante rato. Quería fijarse en la joven que vivía en la casa. Tal vez Ethel la conocía. O la señora Mathieson.

De pronto vio dos siluetas que caminaban presurosas por el sendero.

Eran dos hombres. Identificó a uno de ellos en el acto. Su elevada figura lo hacía fácilmente reconocible. Pero ¿quién era el otro?

De pronto se estremeció.

El acompañante de Huckmaster llevaba al hombro una pala. Era un hombre de mediana estatura, muy fornido, pero no podía captar más detalles. ¿Adónde iban a tales horas?

Desaparecieron una vez, los robles les ocultaron, volvieron a hacerse visibles durante medio minuto y, finalmente, los perdió de vista.

Tendrían que volver a casa, calculó. Ignoraba adónde podía dirigirse y no le parecía prudente hacer una salida, por la noche y en un paraje apenas conocido. No había otro remedio, pensó: tendría que aguardar allí el tiempo que fuese preciso.

Repentinamente, llamaron a la puerta.

La llamada le sobresaltó de tal manera, que no pudo evitar un salto en la silla. Inmediatamente, se puso en pie.

La voz de Tisha sonó al otro lado de la puerta.

—Señor Byrnes, soy yo...

—Un momento, señora; ahora mismo abriré.

Byrnes escondió precipitadamente los prismáticos y el trípode. Retiró un poco la mesa, encendió la luz y se revolvió un poco el

cabello. Luego se encaminó hacia la puerta.

Tisha estaba al otro lado, con bata y camisón. La bata estaba completamente abierta y el camisón tenía un gran escote, con profusión de encajes, que apenas si ocultaban lo que había debajo.

En el rostro de la joven había desaparecido la expresión de seriedad que él había visto constantemente. Byrnes se preguntó por los motivos de la inesperada llamada, pero muy pronto tuvo la respuesta.

—Perdóneme, señor Byrnes, pero me he quedado sin cigarrillos y la tienda está ya cerrada —dijo Tisha—. Con un par de ellos, me arreglaría, hasta mañana por la mañana... A veces, soy muy descuidada.

—Claro, en seguida —contestó él.

Hurgó en su mochila, sacó un paquete y se lo entregó.

—Quédeselo, yo tengo de sobra —sonrió.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—No se merecen, señora.

«Te he calado», pensó él. Seria y reservada, pero la naturaleza, en ocasiones, reclamaba sus derechos, se dijo. «¿Y su marido?»

—Sé lo que está pensando —sonrió Tisha.

—¿Es usted adivina, señora?

—Soy viuda.

—Oh... Lo ignoraba. Nadie me dijo nada.

—La gente de Five Miles es muy reservada, señor Byrnes.

—Me lo figuro. ¿Hace mucho que murió su esposo?

—Un año, aproximadamente.

—Debió de sentirlo mucho, supongo.

—Claro.

Byrnes estaba dándose a todos los diablos. Tisha era tremendamente atractiva y buscaba un romance, estaba tan claro como el agua de un arroyo de montaña. Pero ahora él no sentía el menor deseo de complicarse la existencia con una aventura erótica. Sin falsa modestia, se había dado cuenta de que era el forastero atractivo y apuesto, que no volvería más por el pueblo y con el que no habría ningún compromiso.

Fue la propia Tisha quien le sacó de apuros.

—Repito las gracias por el tabaco. Buenas noches, señor Byrnes.

—Buenas noches.

El joven cerró la puerta, respirando a pleno pulmón. Tisha había decidido retirarse por sí misma, en vista de que el huésped no daba muestras de entender sus intenciones. Era lo mejor, pensó, muy aliviado.

Dio dos vueltas a la llave, recuperó los prismáticos y, tras apagar la luz, volvió a colocar el trípode encima de la mesa. Unos minutos más tarde, se habían habituado sus pupilas de nuevo a la oscuridad.

En Los Robles no se veía ninguna luz. La fachada estaba claramente iluminada por la luna. De todos modos, estaba allí para investigar y procuró armarse de paciencia.

Pasadas las doce de la noche, decidió que ya no podía ocurrir nada y se dispuso a retirarse. Repentinamente, observó ciertos movimientos en el sendero.

La silueta desapareció tras unos árboles, antes de que pudiera obtener más detalles. Al cabo de medio minuto, volvió a verla.

Inmediatamente, se puso rígido. ¿Qué llevaba Huckmaster en sus brazos? Era un bulto, de forma alargada y color blanco... ¿El cuerpo de una persona?

Forzó la vista. Sí, una persona, mujer, a juzgar por la indumentaria. El otro individuo regresó más tarde, con la pala al hombro.

Los robles volvieron a ocultar la singular escena. Byrnes aguardó un buen rato, pero no vio luz en la casa.

Paciente, dejó transcurrir un par de horas más, sin que se produjeran novedades. Al cabo, cansado soñoliento, recogió todo y se echó a dormir.

Tardó un poco en conciliar el sueño. Infinidad de preguntas se agolpaban en su mente.

¿Adónde habían ido Huckmaster y el otro sujeto? ¿Qué habían hecho? ¿Quién era la mujer que Huckmaster llevaba en brazos?

El sueño llegó casi súbitamente, librándole de preocupaciones.

* * *

Estaba allí, en el borde de una ladera herbosa, sentada sobre una tapia baja de piedra, tomando apuntes de un arbusto rebosante de

flores silvestres. *Duke*, sentado sobre sus patas traseras, parecía contemplar muy interesado la labor de su ama.

Byrnes llegó y dirigió una mirada al cuaderno de dibujo. El perro, tras un par de ladridos afectuosos, correspondidos con unas caricias, volvió a su postura indolente.

—¿Le gusta? —preguntó Ethel de pronto.

—Tiene usted un pulso muy firme y un golpe de vista realmente excepcional. Lo hace muy bien, se lo digo con absoluta sinceridad.

—Gracias —contestó Ethel—. Los editores piensan lo mismo.

—Lo cual redunda en su beneficio, como es de suponer.

—Me defiendo, claro.

Haphad Hill estaba a unos mil metros. Byrnes se preguntó si en aquellos momentos habría alguien observándoles con unos prismáticos.

—¿Piensa permanecer aquí todo el verano? —preguntó.

—Sí, seguramente —respondió Ethel.

—¿No tiene miedo de la epidemia que hay en el pueblo?

La joven se estremeció ligeramente.

—No —dijo al cabo, en voz muy baja.

—Anoche oí algo en la taberna... Parece que la gente vende sus propiedades y emigra del pueblo. ¿Es eso cierto?

—Algunos lo han hecho, es verdad.

—Creo que es un tal Huckmaster el comprador. Quizá quiere convertirse en el dueño de la comarca.

—Yo también pienso lo mismo, señor Byrnes.

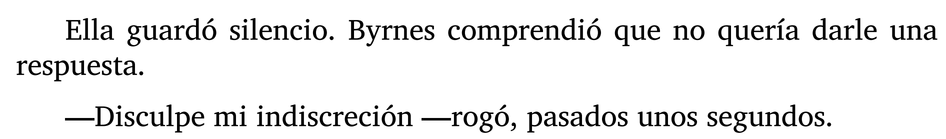
—Me llamo Darcy —indicó él jovialmente—. Supongo que usted no tiene miedo a la epidemia.

—Hay mucho de superstición en este asunto. Por otra parte. Lang no es lo que se dice un genio de la medicina. Vive aquí desde hace un par de años, retirado ya, porque le gustó el pueblo. Pero en Five Miles no había médico hacía muchísimos años.

—Entonces, no se puede pensar en una extraña enfermedad...

—Sólo los ignorantes pueden creer en una cosa semejante —respondió Ethel con evidente desdén.

—Y usted, ¿en qué cree?



Ella guardó silencio. Byrnes comprendió que no quería darle una respuesta.

—Disculpe mi indiscreción —rogó, pasados unos segundos.

—Haphad Hill no le pertenece, pero quiere comprarlo a su dueña. Yo traté de evitarlo — declaró Ethel inesperadamente.

—Oh... Conoce a la propietaria.

—Al dueño, mejor dicho, pero murió hace tiempo y ahora la propiedad es de su viuda. Fui a verla, pero no quiso hacerme caso.

—Usted también posee una casa. ¿O es de sus padres?

—No, es mía —puntualizó Ethel—. Cuando empecé a ganar dinero, me dije que me convendría un sitio como éste para aislarme en ocasiones. Fue una buena ocasión, realmente, me resultó muy barata. Huckmaster llegó a ofrecerme hasta siete mil libras.

Byrnes emitió un silbido.

—Una importante cantidad —exclamó—. ¿Rechazó la oferta?

—Primero, no quiero vender. Segundo, no quiero que Huckmaster siga con sus propósitos.

—Diríase que tiene ciertos resentimientos hacia él...

—Sí, los tengo.

«No quiere explicar más. Será cosa de tener paciencia», pensó el joven.

—Bueno, me voy, no quiero seguir molestándola más —dijo.

Por primera vez en todo el tiempo. Ethel separó la vista del cuaderno de dibujo y le dirigió una amistosa sonrisa.

—No soy huraña —se disculpó—. Pero quería terminar estos apuntes...

—No he pensado que lo fuese —sonrió él—. De todos modos, muchas gracias.

—Señor Byrnes...

—Darcy, por favor.

—Dispense, lo había olvidado. ¿Querrá venir a tomar el té a la tarde?

Byrnes hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Será un placer respondió.

Continuó su paseo, dando un gran rodeo, que le llevó una hora más tarde a situarse al otro lado de Haphad Hill. Desde unos mil metros de distancia y en un punto elevado, vigiló la casa durante un buen rato, sin ver nada que mereciese la pena. Alrededor de las once de la mañana, emprendió el regreso al pueblo.

Atravesó el bosque oblicuamente y poco después salió al camino que unía la casa con Five Miles. Siguió durante trescientos metros más y, de pronto, divisó un sendero que derivaba hacia su derecha.

Tenía tiempo y se adentró por aquel sendero, apenas visible entre la maleza. Casi sin darse cuenta, se encontró en las inmediaciones del cementerio, encima del pueblo, que estaba a menos de doscientos cincuenta pasos.

Había allí dos hombres, junto a una tumba, contemplándola con singular atención. Ninguno de los dos reparó por el momento en el forastero.

—Jewitt es muy descuidado —dijo uno—. Habrá que recomendarle que apisone más la tierra. De lo contrario, las alimañas podrían llegar hasta la muerta.

—¿Lo crees así? —preguntó el otro.

—Hay señales evidentes de alguna bestia que ha estado escarbando por aquí. Pero no sé qué clase de animal puede ser; parece muy grande y las huellas no están muy definidas...

—¿Cómo te has enterado, Mobs?

—El padre de Moira estuvo por la mañana, a traerle un ramo de flores y me dijo que había visto revuelta la tierra. Por eso vine a ver qué sucedía.

—Sí, será mejor que hables con Jewitt. Y, si es preciso, vendremos a ayudarle. Entonces, los dos hombres repararon en el joven. Byrnes echó a andar.

—Disculpen si les he molestado, caballeros —dijo, con una gran sonrisa—. Salí a dar un paseo y. al regresar, me encontré casualmente aquí... Con el permiso de ustedes, continuaré.

Los dos sujetos contestaron con unas frases de cortesía. Byrnes regresó a la posada y subió a su habitación para lavarse un poco.

Tisha le sirvió el almuerzo a la hora convenida. Byrnes aprovechó la ocasión para hacerle una pregunta:

—¿Hay animales feroces en la comarca, señora Mathieson?

Tisha se sobresaltó.

—Ahora, en el buen tiempo, no. Cuando el invierno es muy duro, a veces, se oyen los aullidos de los lobos, pero no es frecuente. ¿Por qué lo dice?

—Pasé casualmente por el cementerio al regresar y había dos hombres examinando la tumba de Moira Stevens. Parece ser que la tierra no quedó bien apisonada y que las alimañas intentaron llegar hasta el cadáver.

Tisha sintió un escalofrío.

—Hubiera sido horrible —murmuró.

—Sí —convino él.

—Tal vez fue un zorro… A veces, se ven merodear por las inmediaciones…

—Es posible. Creo que Moira era una chica muy guapa.

—Estaba en la flor de la vida —suspiró Tisha.

—Como usted. Ella enrojeció.

—Ya soy un poco mayorcita —contestó.

—Aún no tiene treinta años.

—Veintinueve recién cumplidos.

—También está en la flor de la vida.

—Es usted muy gentil, señor Byrnes. ¿Quiere un poco más de sopa?

—No. muchas gracias.

Tisha retiró el plato y le sirvió una generosa porción de asado. Al terminar la comida. Byrnes subió a su dormitorio y exploró durante un buen rato la casa de Huckmaster, con ayuda de los prismáticos.

No se veía nada. Sin embargo, se sentía profundamente preocupado.

Porque después de lo que había visto la víspera, después de haber oído la conversación de los dos hombres en el cementerio, había concebido una horrenda sospecha.

Aquel cuerpo que había visto en brazos de Huckmaster, ¿era el de Moira Stevens, muerta el mismo día de su llegada?

Y si resultaba cierto, ¿qué pretendía hacer Huckmaster con el cadáver de la muchacha?

—Estás aquí para averiguarlo —se dijo finalmente.

CAPÍTULO V

—La casa de Huckmaster se ve desde aquí —dijo Byrnes, junto a la ventana del salón.

—Si —respondió Ethel.

—¿Lleva mucho tiempo en la comarca?

—Dos años, aproximadamente.

—Le llaman doctor, pero ¿cuál es su especialidad?

—Biología, aunque también tiene el título de médico.

—Seguramente, se dedica a investigaciones científicas.

—Eso es lo que se cree. Yo opino de forma muy distinta.

Byrnes abandonó la ventana y se sentó frente a la muchacha. *Duke* estaba tendido a su lado y le acarició la cabeza.

—¿Le importaría decirme por qué opina así, Ethel?

La muchacha vaciló.

—Ocurrió hace unos tres años. Yo tenía una amiga. Huckmaster la sometió a una operación. Ella murió.

—¿Hubo defectos en el tratamiento?

—La operación era muy sencilla, muy fácil. Pienso que Huckmaster se equivocó deliberadamente.

—Eso que dice es muy fuerte, Ethel.

—Su suerte es que no puedo demostrarlo.

—¿No recurrió a la policía?

—No se consiguieron pruebas suficientes. Sin embargo, fue acusado de simple negligencia y le retiraron la licencia para ejercer la medicina.

—Aquí, sin embargo, colabora con el doctor Long... Ethel hizo un gesto de escepticismo.

—Long se siente desbordado por los acontecimientos. Yo le dije que Huckmaster no podía ejercer y él me contestó que cualquier médico está expuesto a un error y que por ello le consultaba cuando lo creía necesario.

—Sin embargo, usted piensa que mató deliberadamente a su

amiga.

—Sí —contestó ella, con singular vehemencia—. Charlotte había empezado a trabajar con él un año antes. Parece ser que vio algo que no le gustó. Huckmaster decidió evitar el riesgo de ser denunciado.

—¿Qué era lo que no le gustó a su amiga?

—No lo sé. Charlotte no fue, o no pudo, muy explícita. Dijo algo sobre estados de coma provocados para curar ciertas enfermedades, pero por procedimientos nada ortodoxos... Yo no entiendo mucho la jerga médica, ¿comprende?

—Sí, desde luego. ¿Qué pasó después?

—Me enteré de que mi amiga estaba enferma, pero ya era demasiado tarde. La vi minutos antes de su muerte. Charlotte estaba horrorizada. Quiso decirme algo, pero va no tenía fuerzas para hablar. Adiviné claramente que Huckmaster era el culpable.

—Se contentaron con una acusación de negligencia. Ethel hizo un gesto de resignación.

—Ocurrió en Liverpol Luego yo encontré esta casa y. al poco tiempo, apareció Huckmaster en Haphad Hill. En dos años, han muerto ya siete personas aquí. En dos años. Huckmaster ha conseguido casi tres cuartas partes del valle. Pero mientras pueda, esta casa seguirá siendo mía.

—Hace bien —sonrió Byrnes—. Dígame, Ethel, ¿hay alimañas en la comarca?

—Lo corriente. En los inviernos muy crudos, algún lobo... A veces se ve algún zorro... El año pasado hubo unos cuantos perros asilvestrados, abandonados por sus dueños, pero se dio una batida y los exterminaron, antes de que pudieran causar más daños. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece ser que una alimaña intentó desenterrar a Moira. Hubo un momento de silencio. Ethel le miraba fijamente.

—Quizá era una alimaña de dos patas —dijo al cabo

—¿Supone que Huckmaster desenterró el cadáver para realizar experimentos?

—Si yo fuese familia de Moira, haría abrir la tumba nuevamente. Lo dije en cierta ocasión, pero me tomaron por loca. A fin de cuentas, también soy una forastera en Five Miles.

—Comprendo. ¿No se le ha ocurrido investigar más profundamente?

—He hecho lo que he podido. Sin embargo, y salvo a la señora Svenson, no he comunicado a nadie más lo que sé acerca de Huckmaster. Traté de evitar que vendiese su propiedad, porque, entonces, ya quedará muy poco del valle que no pertenezca a ese hombre.

—Bien, supongamos que consigue convertirse en el propietario de todo el valle. ¿Cuáles serían sus proyectos, en tal caso?

Ethel sonrió tristemente.

—Habría que preguntárselo a él y no pensará que se lo iba a decir sin más, ¿verdad?

Byrnes asintió. Volvió a levantarse y se acercó a la ventana, para contemplar nuevamente Haphad Hill.

—Si él no va a contestar a nuestras preguntas, ¿por qué no obtener las respuestas por nosotros mismos? —dijo, tras un largo intervalo de silencio.

—Darcy, empiezo a sospechar que usted no es el vagabundo despreocupado que trata de aparentar —dijo Ethel—. ¿Qué es, en realidad?

El joven meditó unos instantes. Luego se decidió a hablar sinceramente.

—Soy amigo de la señora Svenson y ella se impresionó mucho al oírle a usted decir que Huckmaster es un asesino —dijo al cabo—. Por eso mismo estoy aquí, para saber si es cierto o no lo que usted declaró en aquella ocasión.

* * *

Una hora después de hacerse de noche, Byrnes saltó por la ventana de su dormitorio. Aunque estaba en el primer piso, era lo suficientemente ágil para realizar tal ejercicio sin quebranto físico. Una vez hubo puesto el pie en el suelo, buscó las zonas más oscuras y salió del pueblo, encaminándose a Los Robles con paso firme.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en las inmediaciones de la casa. Alrededor del edificio y a una distancia media de sesenta o setenta metros había una tapia mixta de mampostería y reja de hierro. La piedra tenía casi un metro de altura y los hierros llegaban dos metros más. Estaban rematados en agudas puntas de lanza y empezó a buscar alguno fácil de quebrar.

Unos minutos más tarde encontró un hierro muy herrumbroso.

Hizo fuerza con ambas manos y la punta de lanza empezó a doblarse. Hizo que se juntara con el hierro vertical y así pudo pasar al otro lado sin riesgo de clavarse una punta en alguna pierna.

Saltó al suelo, cubierto de hierba al pie de la tapia. Agazapado, contempló la casa durante unos momentos.

Gran parte de la fachada estaba cubierta con hiedra. De pronto vio que se encendía una luz en el piso superior.

Agachado, corrió en aquella dirección. Tanteó la pared y consiguió encontrar un grueso tallo de hiedra. Probó un par de veces; el tronco resistió.

Inmediatamente, empezó a trepar, hasta situar sus ojos al nivel del antepecho.

Entonces contempló una escena asombrosa.

Había una joven, sentada en un cómodo butacón, ataviada con un ligero camisón. Ella tenía los ojos cerrados y parecía dormitar. El camisón era lo suficientemente transparente para que Byrnes pudiera ver las sombras oscuras de los vértices que remataban los senos. El pelo de la joven era negro y estaba suelto. No parecía haber nadie más en la estancia.

Pero, de repente, alguien se hizo visible.

Huckmaster llegó, evidentemente, del baño, ajustándose el cinturón de la bata. Byrnes le vio mover los labios. Había dado una orden.

La chica se puso en pie. Todavía continuaba con los ojos cerrados.

Avanzó un par de pasos. Huckmaster sonreía y a Byrnes le pareció que estaba viendo al diablo en persona. El sujeto se acercó a ella y puso sus manos en los tirantes del camisón.

Súbitamente dio un tirón hacia abajo y la mitad del cuerpo de la muchacha quedó al descubierto. Huckmaster se inclinó y empezó a acariciarla con los labios.

Ella, sin embargo, parecía insensible a las caricias. Como si estuviese narcotizada, pensó Byrnes.

De repente, vio que Huckmaster se acercaba a la ventana y se agachó con gran rapidez. Al cabo de unos segundos, se arriesgó a mirar de nuevo y vio que las cortinas habían sido corridas. Ya no podría continuar su observación, aunque, se dijo, importaba muy poco. Era fácil imaginarse lo que estaba sucediendo en aquella habitación.

Silenciosamente, descendió hasta el suelo y emprendió el regreso al pueblo. Cuando le faltaban escasamente trescientos metros, divisó una sombra oscura junto al camino.

Estaba desarmado y no llevaba encima ni siquiera un simple cortaplumas. Pero había piedras y se agachó, para coger una v emplearla como arma defensiva.

Entonces, inesperadamente, oyó una voz femenina:

—¡Cuidado, soy yo! —dijo Ethel Barrow.

* * *

Byrnes se puso una mano en el pecho.

—Me ha asustado —dijo, a la vez que soltaba el pedrusco.

—Lo siento, no era ésa mi intención. Pero decidí esperarle.

—¿Cómo?

Los dientes de la muchacha brillaron en la oscuridad al sonreír. Su mano señaló el elevado abeto que había a veinte pasos del camino.

—Llegué casi hasta la punta —explicó—. De niña fui una buena trepadora y no había árbol que se me resistiera.

—Entonces, pudo ver Haphad Hill sin dificultad.

—Y tenía unos prismáticos. Hay luna: le vi a usted trepar por la hiedra.

—No lo sospeché siquiera.

—Bien, es lógico. Usted, sin embargo, fue más atrevido y salvó la verja. ¿Cómo lo hizo?

—Doblé una de las puntas de lanza. Algunas están completamente oxidadas.

—Fue una excelente idea. ¿Vio lo que sucedía dentro de la casa?

—Sí. ¿Qué opina usted?

Ella le miró penetrantemente.

—¿Sabe quién era la chica?

—No. Nunca la había visto.

—Le dije que una alimaña de dos patas podía haber desenterrado a Moira Stevens. Era sólo una sospecha, pero ahora he tenido la confirmación.

Byrnes se sintió horrorizado.

--¿Aquella joven... era Moira?

—Sí. Yo la conocía muy bien. Los prismáticos me permitieron verlo todo sin dificultad.

—Entonces, no está muerta...

—¿Está viva acaso?

—¿Qué? —se estremeció el joven.

—¿Ha oído hablar de los no-muertos?

—Vampiros, ¿verdad?

—Y *zombies*.

—¡Por Dios, no irá a decir que Huckmaster provocó ese estado en Moira!

—¿Y quién, si no, pudo hacerlo?

Byrnes reflexionó un momento.

—Sea como sea, ella no es la única —dijo al cabo. Ethel respingó.

—¿Cómo? ¿Hay más chicas en la casa?

—Por lo menos, una.

—¿Habla en serio?

—Pude verlo la misma noche de mi llegada. El día en que murió Moira, para ser exactos. En aquella ocasión, la chica era rubia.

—¡Sally Heaton! —exclamó Ethel.

—¿También habla muerto?

—Hacía ya un par de semanas. Y ese miserable, las duerme y luego las desentierra, y se las lleva a su casa, para someterlas a inicuas vejaciones, para convertirlas en objeto de su lujuria...

Byrnes agarró a la muchacha por un brazo.

—Ethel, por favor, cálmese.

Ella inspiraba con fuerza.

—Es difícil conservar la calma en esta situación —repuso.

—Tiene que esforzarse —insistió él—. Esas pobres mujeres ya no van a padecer mucho más. Posiblemente, ni se enteran de lo que les sucede. Además, no sufren daños físicos...

—¡Dice que no sufren! —se escandalizó la muchacha—. ¿Cómo

calificaría lo que les hace ese monstruo?

—Sea sensata. Ethel —rogó Byrnes—. Realmente... no es daño físico. Parece ser que Huckmaster se limita a satisfacer sus apetitos sexuales, pero nada más; no es un tipo con inclinaciones sádicas. Eso sí sería horrible, porque azotaría a las chicas y las sometería a refinadas torturas, pero no parece que haya llegado a tales extremos.

—Entonces, ¿qué sugiere usted?

—Esperar.

—¡Bonita solución! Y, entretanto, Huckmaster puede continuar con sus crímenes... Deberíamos denunciarlo a la policía. Darcy.

—Posiblemente, está prevenido contra una denuncia y no se encontraría nada en la casa.

—Las tumbas estarán vacías. Con una orden judicial se pueden abrir de nuevo.

—Sí, pero un juez pediría pruebas o, por lo menos, indicios convincentes. ¿Qué puede decir usted? ¿Que ha visto a Moira en brazos de Huckmaster? Y aunque lo corrobore con mi testimonio, ¿quién nos creería?

Ethel se mordió los labios, repentinamente desanimada.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —dijo.

—Esperar. Por ahora, es nuestro único recurso. Y seguir vigilando a Huckmaster.

—No estoy muy convencida, pero acepto su decisión.

—Tómelo más como un consejo. Yo no puedo obligarla a hacer nada contra su voluntad. Ethel forzó una sonrisa.

—Sí, creo que conviene ser pacientes... y esperar el momento adecuado. Pero ¿cómo consiguió que esas pobres chicas...?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que vi a Huckmaster cuando regresaba del cementerio con el cuerpo de Moira en brazos, acompañado de otro individuo.

—Storrel, su ayudante.

—Sí, sería él. —Byrnes puso una mano en el brazo de la muchacha —. Ethel, vuélvase a casa. Y no se aleje mucho de *Duke*.

Ella asintió. Tendió la mano al joven y luego dio media vuelta y se alejó con paso rápido. Byrnes estuvo mirándola, hasta que la vio desaparecer entre los árboles.

Luego, sin prisas, emprendió el regreso a su alojamiento.

CAPÍTULO VI

Al llegar a la posada, se puso en pie sobre el antepecho de una ventana baja. Estiró los brazos, saltó y se agarró al antepecho de la ventana de su cuarto.

Instantes después, ponía los pies en el suelo. Entonces oyó un grito de sorpresa. Alguien encendió la luz. Byrnes, atónito, vio a Tisha sentada en una butaca.

—¿Qué hace usted aquí? — exclamó.

La joven se puso en pie.

—Ha entrado por la ventana...

—No quise molestarla. Salí a dar un paseo y me fastidiaba mucho llamar a la puerta. Pensé que estaría dormida...

—No tenía sueño, aunque luego me dormí en el sillón. Byrnes sonrió.

—Apuesto a que se le olvidaron hoy las cerillas —dijo.

—No. —Tisha sonreía también- . Traje una botella. Pensé que le gustaría tomar un par de copas.

El joven vio la botella y las copas sobre una mesa.

—¿Nada más que un par de tragos?

Ella le miraba de un modo peculiar. Byrnes guardó silencio un momento. Luego fue a la ventana, cerró y corrió las cortinas.

—Creo que el whisky puede esperar —dijo.

Se acercó a Tisha y le quitó la bata. Luego soltó los tirantes del camisón.

—Al menos, podría apagar la luz —suspiró ella.

—Después —dijo Byrnes.

El camisón quedó a los pies de la joven. Byrnes apreció que tenía un cuerpo con numerosos atractivos.

Suavemente, empujó a Tisha y la hizo tenderse en el lecho.

—No empleas demasiados preámbulos —sonrió ella.

—Has venido buscando algo y yo te lo voy a dar en seguida —dijo el joven, mientras lanzaba a un lado la cazadora.

—Creo que tienes razón, Darcy.

—Tisha alargó el brazo y apagó la luz. No tardó mucho en sentir el cuerpo del hombre junto al suyo.

—Es cierto —jadeó—. Sobran los prolegómenos… También sobraban las palabras.

Al cabo de un buen rato. Byrnes dio la luz y encendió un par de cigarrillos.

—Sé por qué lo has dicho —dijo.

—A ver, habla —sonrió ella.

Byrnes le pasó un cigarrillo ya encendido.

—Soy forastero. Me iré muy pronto. No tendrás compromisos conmigo. No habrá murmuraciones…

—Yo podría decir lo mismo de ti. Eres el viajero que pasa junto a un árbol cargado de jugosa fruta. Alarga la mano, toma una manzana y sigue sin volver la vista atrás. Nadie te dirá nada, me parece.

—Entonces, nos lo tomaremos con esta filosofía —sonrió él.

—¿Hay otra mejor? Además, tal como están las cosas, ¿quién sabe cuánto puede durar la existencia?

Byrnes la miró con sorpresa.

—¿Por qué dices eso?

—Suceden cosas muy raras. Muere la gente de una forma extraña. Algunos dicen que este pueblo está maldito.

—¿Sí?

—No sé… Algo ocurre. Empezó cuando vino el nuevo ocupante de Los Robles. Puede que sea una coincidencia, pero…

—¿Qué sabes sobre ese asunto? —preguntó él, súbitamente interesado.

—No más de lo que se dice por ahí. Quiere quedarse con todo el valle. Lo que no comprendo son sus motivos. Pero deben existir, ¿no te parece?

—¿Opinas que es un asesino?

—Lo único que sé es que no me gusta. Nos hemos visto algunas veces y me miraba de un modo que helaba la sangre en las venas. El instinto, ¿sabes?

—Si es asesino y mata a la gente, no deja pruebas. Ni siquiera se

pueden calificar de crímenes esas muertes.

Tisha volvió a mover la cabeza.

—Es un hombre en el que yo no confiaría en absoluto —respondió—. Como dije antes, es el instinto. Es una sensación extraña que no sé definir...

De pronto, alargó el brazo izquierdo para dejar el cigarrillo en un cenicero. Su pecho quedó momentáneamente al descubierto.

—Pero no nos preocupemos más de Huckmaster —añadió, sonriendo—. Tenemos algo más interesante en que pensar, me parece.

—Claro. —De pronto, Byrnes vio algo bajo el seno izquierdo—. Eh, ¿qué es eso?

Tisha bajó la cabeza un poco para ver el sitio en donde Byrnes apoyaba su dedo índice.

—Ah, una picadura de insecto... Ocurrió esta mañana; había salido de la ducha y estaba secándome, cuando noté un pinchazo... El bicho debió de entrar por la ventana, que estaba abierta. Pero no temas, no me puede ver nadie.

Byrnes se inclinó y rozó con los labios el puntiagudo vértice rosado.

—Algunos darían mucho dinero por verte salir de la ducha —dijo ardientemente.

* * *

Byrnes durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando bajó al comedor, se encontró con una mujer de mediana edad, que le resultó desconocida.

—La señora Mathieson está enferma, con mucha fiebre —dijo la mujer—. Yo le serviré el desayuno, señor. Soy Sarah Carstane.

Byrnes enarcó las cejas.

—Anoche no daba muestras de encontrarse enferma —dijo—. ¿Es grave?

—No lo sé aún, señor. He avisado al médico...

Una hora más tarde. Byrnes habló con el galeno.

—Se trata de un simple catarro, aunque muy fuerte —diagnosticó el doctor Long—. Nada de importancia, que no se cure con unos cuantos días de cama.

—Gracias, doctor.

—No la moleste ahora; está durmiendo.

—Descuide.

Byrnes fue a ver luego a Sarah y le pidió que le preparase un par de bocadillos.

—Pienso estar fuera hasta la hora de la cena —sonrió.

Minutos más tarde, abandonaba la posada. El día era espléndido y el sol lucía en un cielo apenas sin nubes. En la mochila llevaba los prismáticos.

Durante todo el resto de la jornada, estuvo recorriendo los alrededores, siempre a prudente distancia de Haphad Hill, deteniéndose en ocasiones para observar la casa, aunque en lugares discretos, evitando en todo momento ser descubierto. Cuando el sol empezaba a acercarse al horizonte, se dijo que había sido una pérdida de tiempo.

Había conseguido ver a Huckmaster en una ocasión, paseando por el jardín. Storrel, su ayudante —«o lo que sea», pensó— se dejó ver en dos ocasiones.

Estaba a punto de emprender la retirada cuando, de pronto, vio a Storrel que corría hacia la casa.

Mantuvo los prismáticos enfocados hacia el objetivo. Unos segundos más tarde, Huckmaster salió, acompañado del sujeto, y se encaminó a determinado punto de la verja. Storrel levantó una mano, señalando algo.

—Han descubierto la punta doblada —murmuró.

Le hubiera gustado saber leer el movimiento de los labios. Veía a los dos hombres que hablaban, aunque no entendía sus palabras. Lo único que podía imaginarse era la cólera de Huckmaster.

Siguió observando. Storrel volvió a la casa de nuevo y regresó con algo en las manos. Agachándose, empezó a trabajar al pie del muro de piedra.

Era bueno saberlo, se dijo Byrnes. Así podría evitar el cepo lobero que el sujeto había colocado en aquel lugar.

Una vez colocada la trampa, los dos hombres regresaron a la casa. El sol se había ocultado ya y Byrnes inició el camino de vuelta al pueblo.

Unos minutos más tarde, se encontró frente a la verja de acceso al

jardín de Ethel.

Duke ladró alborotadamente.

* * *

Ethel salió a la puerta de la casa.

—¡Hola. Darcy! —gritó—. ¿No quiere entrar? ¡Descorra el cerrojo usted mismo!

—Gracias. Ethel.

Byrnes abrió la verja. *Duke* se irguió y apoyó las patas delanteras en sus hombros. El joven se estremeció al ver la potente dentadura del can. Pero el animal sólo quería demostrarle su afecto.

—Debiera cerrar la cancela con llave —dijo él, al estrechar la mano de la joven.

—No es necesario. Tengo a *Duke*.

—Un perro puede ser inutilizado por una bola de carne, con narcótico. Ethel sonrió.

—Vaya a la cocina y traiga un poco de la carne que hay en el estante inferior del frigorífico —indicó.

—Muy bien.

Byrnes hizo lo que le decían. Cuando regresó, ella le pidió que se la diese a *Duke*. El perro olfateó la carne y dio media vuelta. Ethel dijo:

—Está educado para no comer nada que no le dé yo en persona o, si se trata de otro, cuando se lo permito. Repítalo, por favor.

Byrnes obedeció.

—¡*Duke*, come! —exclamó ella.

El enorme can devoró la carne de un bocado.

—¿Tranquilo. Darcy? —sonrió la chica—. Y, créame, si le ordenase atacar, el que quisiera hacerme daño no lo iba a pasar muy bien.

—A mí me ha tomado afecto.

—Porque le dije que es usted un buen chico. —Ethel rió jovialmente—. No se vaya a creer, no intima tan rápidamente con los extraños. Y ahora, ¿hablemos de otra cosa?

—¿Por ejemplo?

—¿Quiere cenar conmigo?

Byrnes simuló ser un caballero del siglo XVII y barrió el suelo con la figurada pluma de su imaginario sombrero.

—Acepto el altísimo honor que supone tal invitación, *madame*.

* * *

Byrnes tomó un sorbo de oporto y se reclinó en la silla.

—Le aconsejo una cosa, Ethel. Escriba un libro de cocina e ilústrelo usted misma. Se venderá como rosquillas.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Voy a confesarle una cosa: casi toda la cena ha salido de diversas latas.

—Pero usted les ha dado el toque personal...

—Oh, sin duda. Me alegro que se sienta satisfecho, Darcy. Byrnes tomó un sorbo.

—En otro aspecto, sin embargo, no lo estoy. Huckmaster sabe que estuve en el interior del jardín. Quizá piense que fue otro, pero ha descubierto la punta doblada de la verja.

—¿Lo han visto?

—Sí. Me pasé vigilándolo casi todo el día. Sucedió a última hora de la tarde. Storrel fue quien lo descubrió.

—Entonces, no podrá volver por allí.

—Quizá sea el sitio más adecuado —dijo él.

—Darcy, eso es absurdo...

—Han puesto un cepo para lobos. Sabiendo que hay una trampa, lo más fácil es ir por donde no me esperan.

—Pero ellos ignoran que usted les ha visto.

—Claro. Lo cual les hará ser más descuidados. Y cuando quiera volver por allí, iré provisto de un grueso palo, forrado con tela, para que amortigüe por completo el chasquido de las mandíbulas del cepo. Esperan que el intruso empiece a gritar cuando una de sus piernas haya sido atrapada y que sus gritos les despierten, ¿comprende?

Ethel apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos entrelazadas.

—Eso significa que piensa volver a Los Robles.

—Dejaré pasar una o dos noches. Volveré, sí. Ahora tengo más interés que nunca.

—¿Por qué?

—Estuve hablando anoche con Tisha Mathieson. —Darcy omitió detallar la forma en que se había efectuado el diálogo—. También sospecha de Huckmaster.

—¿Le dijo algo nuevo? —preguntó Ethel, muy interesada.

—No, sólo dijo que Huckmaster no le gusta nada... Habló del instinto femenino, de las muertes que se han producido desde que Huckmaster se estableció en el país... También dijo algo sobre los propósitos de ese sujeto de comprar todas las propiedades, pero desconoce los motivos.

—En suma, recela, pero no sabe nada concreto.

—Al menos, no lo dio a entender. Tal vez en una próxima conversación, cuando se haya curado del catarro que padece.

Ethel frunció el ceño.

—¿Dice que está acatarrada?

—Esta mañana no la he visto. El médico la visitó y dijo eso, que padece un fuerte catarro.

—Yo no lo creo así, Byrnes.

—¿Cómo?

—La enfermedad de Sally Heaton empezó con un fuerte catarro. A Moira Stevens le sucedió lo mismo. Al menos, de esas dos chicas, lo sé con exactitud. Los otros, no puedo afirmar que les haya pasado algo por el estilo... pero no debe dejar de tener presente que Tisha es joven y muy hermosa.

Byrnes se puso en pie.

—Ethel, creo que debo regresar a la posada —dijo.

—Infórmese, pero con precaución.

—Tendré cuidado, no se preocupe.

—¿Vendrá a verme apenas sepa algo?

—Se lo prometo, aunque sea esta misma noche.

—Le acompañaré hasta la verja. ¿Vamos, *Duke*?

Salieron de la casa y cruzaron el jardín. En la cancela, ella le miró

preocupadamente.

—Sea prudente, Byrnes.

—Descuide. Ethel.

El joven abrió la cancela y salió. Ethel estuvo mirándolo, hasta que desapareció en la próxima curva del camino, a sesenta o setenta pasos de distancia.

Byrnes caminaba con paso rápido, ensimismado en sus propios pensamientos. ¿Había otra mujer joven y hermosa en trance de morir misteriosamente?

Quizá podría evitarlo, aunque no se le ocurría el procedí miento. Pero haría algo.

Un ligero ruidito cortó en seco sus reflexiones. Cuando quiso volverse, adivinando una presencia extraña en sus inmediaciones, era ya demasiado tarde.

No sintió demasiado dolor, pero sí le pareció percibir un raro crujido. Luego, de forma súbita, perdió el sentido.

CAPÍTULO VII

Hasta su mente embotada llegaron sonidos de voces humanas.

—Está recobrándose.

—Ya era hora. Pensé que no lo conseguiríamos...

—Estuvo a punto de «diñarla». Nunca había visto otra cosa igual.

—Señorita, cuando abra los ojos, avíseme.

—Sí, doctor.

Las voces se alejaron. Byrnes notó que dormía. Pasado un tiempo que no supo calcular, abrió los ojos.

—Hola —dijo débilmente.

De una forma vaga, se dio cuenta de que estaba en una habitación pintada de blanco. Movió una mano, se tocó la cabeza y percibió los vendajes.

Había una mujer y la oyó hablar. A los pocos momentos, entró alguien, vestido con una bata blanca.

El médico levantó sucesivamente los párpados y le examinó los ojos, con ayuda de una pequeña lámpara. Luego hizo pruebas de movimiento en las extremidades. De pronto Byrnes sintió un pinchazo en el pie derecho y gritó.

—No ha perdido la sensibilidad y la motilidad se mantiene normal —dijo el médico. Se inclinó hacia el joven—: Amigo, ha estado a punto de irse al otro barrio, pero tiramos de sus tobillos y le trajimos de nuevo a casita. ¿Comprende?

—Sí, doctor —contestó Byrnes con voz apagada—. ¿Puedo... puedo saber dónde estoy?

—Este es el St. Mary's Hospital, de Gormfield. No se preocupe y descanse: está absolutamente fuera de peligro.

El médico anotó algo en la tablilla y se marchó, no sin dejar instrucciones a la enfermera. A poco. Byrnes notó que le daban un líquido caliente y espeso y volvió a dormirse.

Al día siguiente, se encontró mucho mejor, aunque todavía se sentía débil. El doctor Renn se mostró satisfecho de su aspecto.

—Ahora ya puede saberlo —dijo—. Fue una fisura de occipital, que no llegó a ser fractura, o no lo estaría contando ahora. De todos

modos, fue un buen golpe. Parece que quisieron asesinarle. ¿Tiene idea de quién pudo hacerlo?

—No —contestó el joven—. Me atacaron cuando estaba .desprevenido.

—Bueno, en cierto modo, eso es lo de menos. La recuperación, a partir de ahora, será rápida. Dentro de una semana, podrá abandonar el hospital. Claro que tendrá que tomarse algunas semanas de convalecencia, pero, repito, no hay ya nada que temer ni el golpe ha dejado secuelas perniciosas.

—Gracias, doctor. Nunca agradeceré bastante... El médico agitó una mano.

—Es nuestra obligación —se despidió jovialmente.

La enfermera le dio más tarde un poco de caldo. Después de tomarlo, Byrnes sonrió.

—He debido de pasar muchas horas inconsciente, ¿verdad?

—¿Muchas horas? —repitió la enfermera, asombrada—. ¿Sabe qué día es hoy? Estamos a nueve de junio, señor Byrnes.

El joven se quedó atónito.

—El día veintitrés de mayo estaba perfectamente —dijo—. Fue por la noche cuando me atacaron... ¡Por tanto, han transcurrido diecisiete días!

—Exactamente —corroboró la enfermera.

* * *

Dos días más tarde, Ethel entró en la habitación y se sentó junto a la cama.

—Hola, Darcy.

Byrnes sonrió y alargó una mano. Ella la tomó, sonriendo también.

—He estado llamando a diario —declaró—. Ayer me dijeron que ya podía recibir visitas.

—Sí, me encuentro mucho mejor. Gracias, pero... ¿cómo he venido a parar tan lejos de Five Miles?

—Le traje yo, en mi propio coche. Las cejas del joven se alzaron.

—No sabía que tuviera coche...

—Allí lo uso muy poco y está siempre guardado en el cobertizo.

—Sin duda, me salvó la vida. Pero ¿cómo supo que me habían atacado?

—*Duke* empezó a ladrar de un modo extraño. Iba y venía continuamente a la verja y comprendí que sucedía algo poco corriente. De modo que agarré una linterna, salí…

—Y me encontró tumbado en el camino.

—Llegué a creerle muerto, si he de serle sincera. Pero cuando me di cuenta de que su corazón latía aún, fui a buscar el coche y lo traje a Gormfield.

—Cuando regrese a casa, dele un buen abrazo a *Duke*, en mi nombre —sonrió Byrnes—. Les debo la vida a los dos…

—Era lo menos que podía hacer —contestó Ethel—. ¿Sabe quién le agredió?

—No, sólo percibí una presencia extraña y, cuando quise darme cuenta, ya había recibido el golpe. Entonces perdí el sentido y así he estado nada menos que dieciséis días.

—El doctor Renn desconfiaba de salvarle en un principio. Por lo visto, tiene usted los huesos más resistentes de lo corriente. No sabe cuánto me alegro de que esté ya convaleciente.

—Gracias, Ethel.

—Informé a la policía de lo sucedido. No hicieron gran cosa. Byrnes asintió.

—¿A quién van a detener? —convino—. Y. aunque podamos mencionar un nombre, sólo son sospechas, sin pruebas.

—Pero ese ataque significa que también sospechan de usted.

—Por supuesto. Imagino que mis merodeos no debieron de gustarles lo que se dice nada y prefirieron una jugada más fuerte que el cepo de lobo. Ethel. ¿Sigue usted en Five Miles?

—Claro —contestó la chica.

—¿No teme…?

—Está *Duke*. No ha vuelto a acercarse a mi casa. Pero sigue adelante con sus proyectos. Ya ha comprado un par de propiedades más. Tres vecinos han abandonado el pueblo. La gente está atemorizada. Y tiene motivos.

Ethel inspiró con fuerza.

—Tisha Mathieson murió a los cuatro días —añadió. Byrnes

guardó silencio. Casi se lo esperaba.

—Hable con el doctor Long —continuó la joven—. Le expresé mis sospechas. Long se puso furioso y casi me echó de su casa a puntapiés. Le supo mal que dudase de su ciencia. Pero pude darme cuenta de una cosa, Darcy.

—¿Sí?

—El doctor Long sabe más de lo que aparenta. Le vi nervioso, incluso amedrentado, ¿comprende?

—¿Cree usted que puede ser cómplice de Huckmaster?

—Seamos piadosos. Digamos mejor que cierra los ojos, Darcy. Byrnes hizo una mueca.

—Eso también es complicidad —dijo.

—No podemos evitarlo —contestó ella.

—Algo haremos, descuide. Ethel le miró largamente.

—¿Piensa volver?

—Sí.

—Ahora por amor propio.

—¿Me lo reprocha?

—En modo alguno. Comprendo su postura, pero he de pedirle que sea prudente.

—Ahora ya tengo cierta experiencia —dijo él.

—A veces, pienso en Moira. Era una muchacha alegre, rebosante de salud, contenta de vivir. Nos hicimos bastante amigas: yo la retraté al pastel en una ocasión y ella se sentía orgullosísima.

—Pero no está muerta…

—Si no lo está, tal vez se encuentra en una situación infinitamente peor. Recuerde lo que vimos.

—Hay escenas difíciles de olvidar —convino él Más tarde. Ethel se despidió.

—Tengo trabajo acumulado y no podré venir a verle —manifestó.

—No se preocupe; yo volveré en cuanto me sea posible.

La joven se marchó. Byrnes se relajó. Sus pensamientos volaron maquinalmente hacia Huckmaster. ¿Qué diabólicos experimentos realizaba? ¿Por qué hacía todo aquello?

En el hospital, se dijo, no tendría las respuestas que deseaba. Debía dejar pasar el tiempo suficiente de convalecencia, antes de volver de nuevo a Five Miles.

Ahora ya tenía motivos personales y no iría por Minna Svenson. De pronto se acordó de su amiga.

En todo aquel tiempo, no la había recordado una sola vez. Bien, iría a verla cuando estuviese repuesto…

Pero, de todos modos, al menos podía hablar con ella. Al día siguiente, mucho más mejorado, pidió comunicación con el teléfono de Minna.

Cuando se la dieron, oyó una voz femenina, que no era indudablemente la de la señora Svenson.

—¿Quién es?

—Me llamo Byrnes y soy amigo de la señora Svenson. Deseo hablar con ella.

—Lo siento, señor Byrnes —dijo la mujer—. La señora Svenson falleció hace una semana.

El joven se quedó helado.

—Dios mío —murmuró, sin poder contenerse

—¿Decía, señor…?

—Perdone, pero no la conozco a usted, señora. ¿Puede decirme su nombre?

—Soy Penny Hooker, la doncella de la señora. Todavía estoy en su casa, ya que así lo han decidido sus parientes. Aunque no sé por cuánto tiempo…

—Penny, voy a darle mis señas. Yo estoy en un hospital, curándome de un accidenté. Si se marcha de la casa de la señora Svenson, déjeme su nueva dirección. Es muy importante que hable con usted y no puedo ser más extenso por teléfono. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor Byrnes, perfectamente.

Cuando terminó el breve diálogo. Byrnes deseó ardientemente que su convalecencia fuese lo más corta posible.

CAPÍTULO VIII

Penny Hooker había sido despedida ya. Byrnes la vio en su nueva dirección, tres semanas más tarde después de ser dado de alta. Ella era una mujer joven, de unos treinta y cinco años, de aspecto agradable y modales mesurados y eficientes.

—La señora hablaba mucho de usted, señor —dijo ella, tras los primeros saludos—. Estaba deseando que volviese de... no recuerdo el nombre del pueblo, pero sé que le había encargado algo importante.

—Sí, informes sobre un comprador de una de sus propiedades. Pero, dígame, ¿qué le ocurrió a la señora?

—No lo sé exactamente. Una tarde se quejó de escalofríos, dolor de cabeza... Al día siguiente, vino el médico y dijo que era un catarro muy fuerte, pero que la señora sanaría al cabo de una semana. Sin embargo, no fue así. Murió cuatro días más tarde.

—Penny, ¿recuerda el nombre del médico?

—Desde luego.

La doncella se sentía todavía muy alterada.

—Pobre señora —hipó—. Fue siempre muy buena conmigo, tan cariñosa, tan amable... Nunca me alzó la voz ni se enojó cuando cometía errores... ¡Y era tan hermosa! ¿Por qué tuvo que morir, en plena juventud? Lo tenía todo, belleza, fortuna...

Penny lloró un rato. Luego se enjugó los ojos con un pañuelo.

—Dispénseme, señor; no he podido contenerme... Byrnes hizo un gesto de simpatía.

—No tengo que dispensarla de nada —contestó—. Me conmueven sus sentimientos hacia la señora Svenson. Sin embargo, me gustaría saber dónde está enterrada, para llevarle a su tumba un ramo de flores.

—Pues si quiere que le diga la verdad, no lo sé, señor Byrnes. El joven dio un respingo.

—¿Cómo?

—No sé... Ocurrió algo raro. Yo avisé a sus familiares, por supuesto, conocía la dirección de un par de ellos y les puse sendos telegramas. Pero el mismo día de su muerte, por la tarde, llegaron los empleados de Pompas Fúnebres y se llevaron el cadáver.

—¿Qué dice, Penny?

—Lo que oye, señor Byrnes. Vinieron dos hombres y pusieron el cadáver de la señora en un ataúd. Luego se lo llevaron... dijeron que cumplían órdenes. Yo pensé que lo tendrían en alguna cámara hasta el momento del entierro; debían de haber recibido instrucciones de alguno de los familiares. Estaba aturdida, no sabía qué hacer... Todo había ocurrido tan repentinamente...

—¿Qué pasó después, Penny?

—Un primo de la señora, el señor Cuthbert, telefoneó diciendo que él se ocuparía de todo. Naturalmente, tuve que asentir. Más tarde volvió a llamar y dijo que siguiera cuidándome de la casa, hasta nuevas órdenes. Yo le pregunté a qué hora era el entierro y él me dijo que ya la habían sepultado. Luego colgó... No sé más, créame.

Byrnes se mordió los labios.

—De modo que vinieron dos hombres... ¿Los vio usted?

—Sí, señor, pero no los conocía...

—¿Puede describírmelos, por favor?

—Oh, sí, señor. Uno de ellos era muy alto y fuerte, con pelo entrecano. Llevaba barbita en punta... El otro era más bajo, pero aún más robusto, con la cabeza cuadrada... Muy moreno... No recuerdo más.

Byrnes pensó inmediatamente en dos nombres.

Gracias. Penny. Si puedo ayudarla en algo lo haré con mucho gusto —dijo.

—Gracias, pero no será necesario. Tengo ya una nueva colocación.

—Lo celebro infinito. Ah, habíamos olvidado el nombre del médico que atendió a la señora.

—Es verdad. Es el doctor Hardigan... Espere, tengo su dirección anotada por alguna parte...

* * *

El doctor Hardigan era un hombre de mediana edad y comportamiento profesional más bien rutinario, pensó Byrnes al verlo una hora más tarde. Se habría cuidado de Minna, aunque no preocupado demasiado de llegar al fondo de las causas de su enfermedad.

—Ah, la señora Svenson —dijo Hardigan, mientras chupaba una apestosa pipa—. Pobre mujer, tan joven… ¿Era amigo suyo?

—Muy amigo. He estado fuera del país y, a mi regreso, me enteré de su muerte — respondió Byrnes—. Siento curiosidad por conocer las causas que la llevaron a la tumba en plena juventud.

—No tiene nada de particular. Fue un catarro, complicado con una pulmonía doble. El fallo cardíaco sobrevino muy pronto.

—¿Una pulmonía doble en este tiempo?

Hardigan hizo una mueca, sin quitarse la pipa de la boca.

—Es mi diagnóstico, señor Byrnes. Si cree que actué incompetentemente, denúncieme al Colegio Médico…

—Oh, no, no, en absoluto. Sólo mostraba mi extrañeza.

—La pulmonía doble se puede superar con facilidad, a menos que el corazón falle. Eso es lo que le sucedió a la señora Svenson.

—¿Quién lo hubiera dicho? —suspiró el joven—. Daba la impresión de poseer una salud de hierro… No puedo imaginármela con un corazón débil, doctor.

—Posiblemente, de no haber tenido la pulmonía, esa debilidad no habría hecho acto de presencia. Lo cierto es que el corazón no lo pudo soportar.

—Le doy las gracias más sinceras, doctor, y le ruego me disculpe la molestia.

—Al contrario, ha sido un placer —contestó Hardigan.

Byrnes volvió a la calle, sumamente pensativo. Ahora ya no cabía la menor duda. Huckmaster habla asesinado a Minna, despechado por la negativa de ella a vender

Haphad Hill. O quizá no había podido esperar tanto tiempo a que se efectuase la operación.

Los parientes de Minna, naturalmente, desconocedores de la verdad, accederían de inmediato a la venta. Quizá, a estas horas, pensó, Los Robles era ya propiedad de Huckmaster.

Hinchó el pecho.

—Huckmaster, vamos a vernos las caras muy pronto —dijo.

* * *

El día era caluroso y el sol lucía con fuerza. Después de trabajar un buen rato. Ethel decidió tomar el sol. Pensó si le convendría construirse una piscina en el jardín. Hubiera dado algo bueno por tenerla en aquellos momentos.

El rio no estaba lejos, aunque sentía ciertas aprensiones a salir de la casa. Decidió tomarse una buena ducha, lo que hizo de inmediato. Después, buscó un rincón soleado para secarse y dorar un poco su piel que estimaba demasiado blanca.

Mientras tomaba el sol, hojeaba a ratos una revista de actualidad. Salvo una ligera banda de tela en torno a las caderas no llevaba más ropa. Sentía un agradable calorcillo en los senos y se dejó llevar por un estado de total languidez, que la hizo olvidarse de todas sus preocupaciones.

Duke dormitaba a la sombra de una vieja parra. De pronto, oyó el zumbido de un moscardón.

Ethel agarró la revista para espantarlo. En el mismo instante, oyó el leve sonido del impacto del insecto contra una de las páginas de la revista.

El chasquido la sobresaltó y se enderezó. Bajo la parra. Duke levantó la cabeza y gruñó sordamente.

Ethel miró entre las páginas de la revista, para ver si descubría al osado moscardón. Lo único que pudo ver fue una manchita de intenso color rojizo.

Entornó los ojos. En el centro de la mancha, había algo parecido a una aguja de cristal rojo, no más larga de un centímetro. Extendió la página en que se hallaba clavada dicha aguja y vio que la punta asomaba por el otro lado cosa de un par de milímetros.

Con enorme asombro, apreció que la aguja se disolvía rápidamente, lo que provocaba un notable ensanchamiento de la mancha. Veinte segundos más tarde, la aguja había desaparecido totalmente y la mancha tenía un diámetro de casi diez centímetros.

Duke se levantó de pronto y ladró con fuerza. Ethel se sintió alarmada.

El lobo corrió hacia la verja. Ethel se envolvió en una toalla y le siguió. Antes de llegar a la cancela, divisó una silueta que se perdía entre los robles del otro lado del camino.

«¿Era Storrel?», se preguntó.

Regresó a la casa y empezó a vestirse. Luego, preocupada, recogió la revista y volvió a contemplar la mancha. ¿Qué había sucedido?

* * *

Ocultó el rostro por unas grandes gafas negras. Byrnes recorrió Five Miles con paso mesurado.

—Este pueblo está muerto —murmuró.

La mayoría de las casas tenían cerradas las puertas y las ventanas. Incluso la taberna de Vaugham estaba cerrada.

Llegó a la posada y empujó la puerta. Sarah apareció a los pocos instantes.

—Ah, señor Byrnes —sonrió el joven—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Mal —contestó Sarah sin vacilar—. Tan mal, que me veo obligada a decirle que no podré darle hospedaje. Me ha pillado usted haciendo las maletas. Dentro de una hora, vendrá mi yerno, para llevarme a su casa con mi hija, en Gormfield. Five Miles se acabó, señor Byrnes.

—Las cosas se han puesto feas, parece.

—Apenas si quedan un par de recalcitrantes que no quieren vender. Incluso el doctor Long dice que se va a marchar.

—¿También?

—Sí. Está atendiendo a la pobre Glenda Maryland, que enfermó hará dos días. En cuanto la vea curada, se marchará.

—Ya... Bien, Sarah, no quiero seguir molestándola más. Adiós.

—Adiós, señor Byrnes.

Al salir de la posada, Byrnes se puso las gafas nuevamente. Sintióse tentado de buscar al doctor Long, pero no quería hacerlo sin hablar antes con Ethel.

Duke casi le derribó al suelo, en su frenesí de alegría por verle nuevamente. A los ladridos del animal, Ethel salió a la puerta de la casa.

Byrnes la contempló arrobado. Ethel ofrecía un aspecto radiante, rebosante de gracia y frescura, con el pelo sujeto por una ancha cinta azul, blusa sin mangas y pantalones blancos, muy cortos. La chica corrió a su encuentro y le abrazó fuertemente.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó—. ¿Por qué no me avisaste a tu llegada?

—¿Cómo? ¿Quién iba a recibir el telegrama? Además, no tienes teléfono, que yo sepa. Cuando quieres llamar a alguien, debes ir a Five Miles…

—Tienes razón —admitió ella—. ¿Sabes que tienes un aspecto magnífico? Pero entra en casa; te daré de beber algo fresco, que es lo que conviene en esta época del año.

Sin embargo, se quedaron fuera, bajo el emparrado. Byrnes saboreó complacidamente la cerveza que ella le había servido en una jarra. Luego encendió un cigarrillo.

—Tengo que comunicarte una noticia poco agradable —dijo. Ella le miró serenamente.

—Estoy dispuesta a lo peor — manifestó.

—Muy bien. Tú sabes que yo vine aquí porque me lo pidió mi amiga Minna Svenson. Minna ha muerto y. según todos los indicios, de la misma enfermedad que mató a esas otras chicas. Pero todavía hay más: tengo la seguridad de que Huckmaster, acompañado por Storrel, y ambos en el papel de empleados de la funeraria, se trajeron el cuerpo de Minna a Haphad Hill.

Byrnes hizo su declaración de una tirada, sin tomar aliento. Al terminar, ella se sintió consternada.

—Oh, Darcy, ¿qué podemos hacer? Aquí sucede algo horrible, de lo que no tenemos la menor idea… ni tampoco sabemos cómo evitarlo… Five Miles está prácticamente despoblado…

—Lo sé. He hablado con Sarah Carstane. Se marcha hoy mismo. También me ha dicho que el doctor Long se irá apenas haya curado a Glenda Maryland. No sé quién es esa mujer…

—La única muchacha que quedaba en el pueblo. Hablé con ella hace un par de semanas. Me dijo que estaba aguardando noticias de un tío suyo que vive en Glasgow, quien le había prometido buscarle un empleo.

—Y no ha podido marcharse.

—Glenda era huérfana y esperaba vender la casa a Huckmaster. Pero cayó enferma hará tres días… —Ethel bajó la cabeza—. Darcy, va a morir también —gimió.

Hubo un momento de silencio. Byrnes trataba de reflexionar.

—Tendríamos que entrar en Los Robles y ver de encontrar el lugar donde están los cadáveres de las víctimas de Huckmaster —dijo al cabo.

—Sería peligroso, Darcy —objetó ella.

—Pues no le veo otra solución... Pero ¿están muertas realmente? Y si no es así, ¿cómo provoca Huckmaster ese estado de catalepsia que simula tan bien la muerte?

—Les dará alguna inyección, sin que ellas lo sepan...

Ethel se calló bruscamente. Byrnes la miró con curiosidad.

—Una inyección —repitió la muchacha—. Pero yo no me dejaría pinchar, a menos que...

¡Espera un momento! —exclamó casi a gritos.

Ethel entró en la casa y regresó al momento con la página de una revista, en la que se veía un ancho círculo de color muy oscuro, casi marrón.

—Sucedió ayer —explicó la muchacha.

Momentos después, Byrnes estaba enterado del incidente. Muy pensativo, se acarició el mentón.

—Tisha se quejó también de haber recibido el picotazo de un insecto —dijo—. Me contó que estaba en la ducha y que tenía la ventana abierta. El bicho entró...

—Yo tomaba el sol, sin apenas ropa. *Duke* ladró mucho y le vi correr hacia la cancela. Tengo la impresión de que Storrel anduvo merodeando por los alrededores de la casa.

—Puede ser que lancen la aguja por medio de una cerbatana o una pistola de aire comprimido. Y, seguramente, será de una sustancia soluble. La mancha, en el papel, se ha extendido mucho, pero es porque la sustancia que la compone no puede penetrar a fondo, como lo hace en el organismo humano.

—Es decir, se trata de un potente narcótico...

—Estoy casi seguro. Pero tendríamos que comprobarlo.

—¿Cómo, Darcy?

El joven reflexionó unos instantes.

—Si pudiéramos ver a Glenda, aunque sólo fuese unos instantes...

—Yo sé dónde vive. Está siendo atendida por la señora Wilkins y también la conozco. Gwytha Wilkins se irá asimismo muy pronto de Five Miles.

—Lo ha conseguido —dijo Byrnes sombríamente—. A estas horas. Los Robles ya es suya; ha debido de comprársela a los herederos de

Minna, quienes se habrán sentido encantados de deshacerse de esa propiedad tan fácilmente. El pueblo es virtualmente suyo… —Miró a la muchacha—. Se puede decir que eres la única que resiste.

—Seguiré resistiendo —declaró ella con firmeza.

—Estoy contigo —sonrió Byrnes—. Pero ahora, pensemos en algo. ¿Cómo podremos ver a Glenda?

—Podemos ir a la noche, procurando no ser vistos. Yo entraré en la casa y tú te quedarás en las inmediaciones, con *Duke*. ¿Te parece bien?

—Sí, excelente.

Aquella misma noche, llevaron a cabo el plan. Five Miles ofrecía un aspecto tétrico, completamente solitaria y sin una luz en la calle. Byrnes quedó fuera de la casa de Glenda, vigilando atentamente, con *Duke* sujeto por el collar. Ethel aguardó a que la señora Wilkins saliera un momento, para ir a su casa, y entonces entró en la de la enferma.

Un par de minutos más tarde, salió, completamente trastornada.

—Está agonizando —dijo—. He visto un círculo rojo, en su pecho de menos de un centímetro de diámetro…

Byrnes pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—Vamos —dijo persuasivamente—. Ya no podemos hacer nada por ella, pero, mañana, el doctor Long nos va a dar muchas explicaciones sobre su conducta.

—¿Cómo, Darcy?

—Sencillamente, te fingirás enferma y haré que venga a tu casa.

CAPÍTULO IX

—No debiera haber venido —refunfuñó Long—. Estoy disponiendo ya todo para marcharme.

Byrnes abrió la puerta. *Duke*, agazapado tras unos arbustos, gruñó amenazadoramente.

—Es cuestión de unos minutos —dijo el joven—. Realmente, yo no le habría llamado. Para mí que lo que esa chica tiene son molestias típicas de una mujer... Ya sabe, algo de jaqueca.

Long asintió torpemente. Byrnes volvió a mirarle.

El médico, pensó, no se encontraba muy bien. Byrnes veía su cara grisácea, desprovista de todo color, y los ojos sin brillo, con las pupilas mates. Además, sudaba copiosamente y la transpiración desprendía un olor nada agradable. Byrnes se preguntó si el doctor Long conocía las indudables ventajas del agua y el jabón como elementos higiénicos.

A veces, aquel olor resultaba verdaderamente repugnante. Byrnes pensó que tenía mucho de hedor cadavérico. De pronto, *Duke* lanzó un lúgubre aullido.

Cuando llegaban a la casa, Ethel se hizo visible. Long se volvió hacia la joven.

—Creí que estaría acostada —dijo.

—No he estado enferma en ningún momento, doctor —declaró la chica. Long frunció el ceño.

—Si se trata de una broma...

—Ojalá lo fuese —dijo Byrnes—. Doctor, le hemos traído aquí para que no nos vieran hablar con usted.

—¿Por qué no dicen claramente de una vez qué es lo que desean? —exclamó Long, impaciente. De pronto, se llevó una mano a la frente —. No me encuentro bien...

Byrnes le trajo una silla de mimbre.

—Siéntese, doctor.

Long se dejó caer pesadamente sobre la silla. El maletín resbaló de sus dedos sin fuerza y chocó sordamente contra el suelo.

Duke volvió a aullar. Ethel arrugó la nariz. Miró al joven y éste se encogió de hombros, como diciendo que él también tenía que soportar el olor corporal que se desprendía del médico.

—Doctor —dijo.

—Sí… ¿eh, qué…? ¿Qué… qué querían ustedes?

—Esas pobres gentes que han muerto… Usted sabe algo y debe decirlo…

—No sé a qué… se refieren…

Byrnes entornó los ojos. Long hablaba casi ininteligiblemente. Las palabras parecían explotar en su boca.

—Sí —insistió—. Nos referimos a Sally, a Moira… a Glenda…

—Glenda… acaba de… de morir…

Una enorme burbuja apareció súbitamente en los labios del médico y explotó a los pocos instantes con sordo chasquido. Ethel lanzó un grito de terror.

La cabeza de Long se dobló bruscamente sobre su pecho. El hedor que se desprendía de su cuerpo se hizo mucho más intenso. Ethel retrocedió. Byrnes sintió náuseas.

Long había dejado de moverse. Ahora, su rostro y sus manos, tenían un horrible color grisáceo. Gruesas gotas de una hedionda sustancia corrieron por sus mejillas.

—Se está corrompiendo y aún no ha muerto —exclamó Byrnes.

En el cuerpo de Long se advertían todavía unos ligeros movimientos. Pero, a los pocos segundos, se quedó completamente quieto.

Entonces, la cara pareció volverse de cera líquida, horriblemente apestosa. La piel y la carne de las manos se derritieron también y cayeron al suelo en grandes goterones.

Todo el cuerpo del médico se transformaba en una repugnante sustancia liquida, cuyo hedor invadía el ambiente. Al fondo del jardín, terriblemente amedrentado, *Duke* emitía tristes aullidos.

Ethel entró en la casa, tambaleándose, horrorizada por lo que había visto. Byrnes procuró ser más fuerte y contempló aquel inexplicable proceso de transformación del cuerpo de Long.

Diez minutos más tarde, sólo quedaba el esqueleto, cubierto con las ropas. En el suelo, rodeando la silla, se veían montones de una sustancia pastosa, que desprendía un olor indescriptiblemente nauseabundo.

Byrnes entró en la casa. Ethel, incapaz de hacer nada, estaba derrumbada en un diván.

—No le muevas —dijo él.

Fue al baño, buscó un frasco de colonia y luego un paño de cocina, que empapó con el perfume y se colocó luego ante la cara, dejando los ojos al descubierto. A continuación, salió al jardín y conectó la manguera de riego.

Media hora más tarde, volvió a la casa, buscó una manta y salió de nuevo al jardín.

Cuando terminó, había desaparecido todo rastro del doctor Long.

Ethel seguía en el diván, anonadada, incapaz de reaccionar. Byrnes preparó café y le llevó una taza, en donde había puesto unas gotas de coñac.

—Tómatelo, te sentará bien —dijo. Ella empezó a recobrarse.

—Darcy, ¿qué ha pasado? —gimió.

—Es muy sencillo. Long ayudó a Huckmaster y éste ha considerado que el médico ya no le era útil.

—Sí, pero ¿cómo lo ha hecho?

—Tendremos que preguntárselo a él, aunque habrá que buscar la forma de hacerlo con el mínimo de riesgo y con todas las ventajas de nuestra parte.

Byrnes puso más café y coñac en la taza que Ethel había vaciado ya. El, a su vez, había tomado unos buenos tragos de licor.

—Glenda ha muerto y, seguramente, hoy mismo la enterrarán —continuó—. Se me ha ocurrido una idea, pero necesitaría tu ayuda.

Ethel hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Ya me encuentro mejor —declaró—. Darcy, tienes que dispensarme; no lo puedo evitar...

Byrnes apretó cariñosamente el brazo de la muchacha.

—Era lógico —sonrió—. A cualquiera le habría pasado lo mismo o, quizá, algo peor. Pero no te apures; todo resultará bien al final.

—Ojalá sea como dices —suspiró ella—. ¿Cuál es el plan? Byrnes consultó su reloj.

—Tendríamos que ir al pueblo —contestó—. Procuraremos llegar sin ser vistos. ¿Es posible?

—Sí. Yo te guiaré... pero ¿adónde hemos de ir?

—A la casa de Glenda Maryland. Ethel inspiró con fuerza.

—Estoy dispuesta. Cuando quieras, Darcy. Byrnes la miró de pies a cabeza.

—Sería conveniente que te cambiases de ropa —indicó—. Ponte unos pantalones oscuros, por ejemplo.

—Está bien.

Diez minutos más tarde, salían de la casa. Byrnes llevaba en brazos una manta, que envolvía algo de lo que Ethel, todavía estremecida de horror, no quiso enterarse siquiera. Treinta minutos más tarde, ella señaló la parte posterior de la casa de Glenda.

—Ahí, Darcy.

—Quédate aquí —ordenó él.

Byrnes echó a andar hacia la casa y abrió la puerta posterior. El silencio era absoluto. De pronto oyó voces.

—Bueno, ya está cerrado el ataúd —dijo alguien—. Señora Wilkins, voy a buscar la carretilla.

—Les espero en el cementerio —dijo la mujer.

Sonaron pasos en la escalera. Byrnes se pegó a la pared exterior. Oyó más voces y luego el ruido de la puerta delantera que se abría y cerraba sucesivamente.

Entonces corrió hacia donde había dejado a la muchacha y recogió el bulto envuelto en la manta.

—Necesito que me ayudes. Procura ser fuerte, Ethel.

—Sí. Darcy.

Entraron en la casa. El ataúd estaba en el primer piso, completamente solitario. Byrnes dejó el bulto en el suelo y soltó las presillas que sujetaban la tapa, que levantó a continuación.

—Parece dormida —murmuró Ethel, hondamente impresionada.

—Quizá no está realmente muerta —apuntó él.

Inclinándose, levantó en brazos el cuerpo de Glenda y lo depositó en el suelo. Luego puso la manta dentro del ataúd y cerró la tapa.

Entonces. Ethel se sintió curiosa.

—Darcy, ¿qué hay ahí? —preguntó.

—El esqueleto del doctor Long.

La joven tuvo que ponerse una mano en la boca.

—Dios...

Pero Byrnes no hizo caso de sus aprensiones. Estaba buscando algo que diera más peso al ataúd. Al fin, encontró unas macetas y volcó la tierra en el interior del féretro. Ethel adivinó su idea y, sobreponiéndose al horror que sentía, le ayudó con unos cuantos libros que encontró en una habitación contigua. Byrnes, incluso, tuvo la osadía de volver al exterior y regresó con varias piedras de distintas dimensiones.

—Ya está —dijo.

El ataúd estaba provisto de cerradura, con llave. Byrnes dio media vuelta a la llave y se la guardó sin ningún escrúpulo. Luego echó las presillas.

—Pueden notar la falta de la llave —alegó Ethel.

Byrnes había levantado ya en sus brazos el inerte cuerpo de la muchacha.

—Creerán que la han perdido —dijo—. De todos modos, la creen muerta y no se molestarán en abrir el ataúd nuevamente.

Salieron por la puerta posterior. Ethel marchaba delante, explorando el terreno, a fin de evitar encuentros desagradables. Pero el camino de vuelta se realizó sin ningún incidente y pudieron llegar a la casa con toda tranquilidad.

* * *

Atardecía ya. El cielo estaba rojo hacia el Oeste.

Ethel contemplaba lo que hacía el joven. Byrnes, sentado junto a la cama, auscultaba a Glenda con el fonendoscopio hallado en el maletín del doctor Long.

De pronto Byrnes levantó una mano.

—Toma el tiempo, Ethel.

Ella fijó la vista en su reloj. Byrnes añadió:

—Dime el tiempo que ha pasado, cuando baje la mano de nuevo.

—Está bien.

Transcurrió un rato que a ambos se les hizo interminable. De pronto Byrnes movió la mano hacia abajo.

—Dos minutos y veinte segundos —dijo ella.

—Muy bien, vamos a seguir. Es preciso que tengamos paciencia.

—¿Eres médico? —preguntó Ethel, intrigada.

—No, pero cualquiera puede apreciar los latidos del corazón con un fonendoscopio — replicó él.

Poco más tarde, Byrnes separó los auriculares del aparato y se puso en pie.

—No está muerta —dijo—. Su corazón late a un ritmo singularmente lento y no de una forma absolutamente regular. Los intervalos fluctúan entre los ciento cuarenta y ciento sesenta segundos, es decir, de dos minutos veinte a dos cuarenta.

—Entiendo. Pero Long tenía que saberlo...

—Y callaba.

—¿Por qué?

Byrnes sonrió amargamente.

—Era un hombre insignificante, que jamás había destacado en la vida. Vino aquí, retirado, pero, tal vez frustrado por una existencia que se había desarrollado sin horizontes. Tal vez Huckmaster le convenció mediante sabe Dios qué absurdos proyectos o, quizá, sin más, le sobornó con dinero. Parece ser rico, ¿no?

—El valle le ha costado más de cien mil libras —contestó Ethel.

Byrnes señaló a la joven que yacía en el lecho.

—No está muerta, sólo en estado cataléptico. A la noche, Huckmaster y Storrel irán al cementerio. Cuando desentierren el ataúd, se llevarán una gran sorpresa. Y yo estaré presente, ¿comprendes?

Ethel se puso repentinamente seria.

—Puedes correr un serio peligro...

—Lo sé, pero tengo que hacerlo. Hablarán algo, comentarán el caso... Puede resultarme muy útil escuchar lo que dicen. Claro que estaré bien escondido.

—¿Por qué no te llevas a *Duke*? —sugirió Ethel.

—Debe quedarse aquí, para que te proteja. No quiero que te ocurra nada.

—Está bien. ¿Cuándo piensas marcharte?

Byrnes consultó su reloj.

—A estas horas deben de haber enterrado ya el ataúd —contestó —. Cuando vi a Huckmaster y a su cómplice era la medianoche

aproximadamente. Ethel, no te lo querrás creer, pero tengo hambre.

La muchacha sonrió.

—Es comprensible, no has probado bocado en todo el día. Ven a la cocina y te prepararé algo de cena.

Byrnes asintió. Antes de salir de la habitación, se acercó a la cama y cubrió el cuerpo de Glenda hasta el mentón.

—Parece dormida… —murmuró—. Y en realidad, lo está. Pero ¿podría salir de aquel sueño?

CAPÍTULO X

El doctor Huckmaster se frotó vigorosamente el cuello.

—Ese maldito mosquito... Storrel, dije que esparcieses desinfectante por el dormitorio.

—Lo siento, doctor —contestó el aludido, haciendo un alto en su tarea—. Lo hice, pero usted mismo me dijo hace tiempo que algunas especies inferiores desarrollan mutaciones, que les hacen resistentes a los insecticidas...

—Oh, basta, basta —cortó Huckmaster, muy irritado—. Maldito mosquito. Debió de colarse mientras dormía la siesta.

—Sí, seguro.

Storrel movió la pala y sacó un poco más de tierra de la tumba. A menos de veinte pasos de distancia, agazapado tras una lápida de considerables dimensiones, Byrnes contemplaba la escena sin perderse el menor detalle ni dejar escapar una sola sílaba.

La luna estaba en fase casi llena y la tenía a sus espaldas. Había elegido la posición, porque de este modo, quedaría confundiéndose con el fondo de árboles y arbustos, completamente negro, para quien mirase en aquella dirección, con el resplandor de la luna dándole en los ojos. En cambio, él podía ver a los dos sujetos casi como si fuese de día.

Storrel hizo un alto en su labor a los pocos minutos.

—Doctor, se le están acabando las «provisiones» —dijo maliciosamente.

—Todavía queda una, Storrel —contestó Huckmaster.

—¿La última?

—Sí, justamente. La he dejado para el final... como la guinda que remata la copa del helado.

Storrel hizo un gesto.

—Debiera haber empezado por ella, doctor.

—Tú lo intentaste.

—Y fracasé, pero la culpa no fue mía. Estaba espantándose un moscardón y la maldita revista paró el dardo. Usted sabe muy bien que sólo puedo llevar un proyectil en la cerbatana de aire comprimido.

—Bueno, bueno, no sigas con tus excusas. La próxima vez no fallaremos. Iremos cada uno por nuestro lado…

—¿Qué me dice del perro, doctor? Es una fiera, se lo aseguro.

—Al perro le lanzaremos un dardo de efectos rápidos. Nos evitará problemas. Y luego, si uno falla, el otro acertará.

—Eso espero —dijo Storrel, sin dejar de mover la pala con singular energía—. Oiga, ¿sabe que no he vuelto a ver al doctor Long? —exclamó de pronto.

Huckmaster sonrió maquiavélicamente.

—Se habrá quedado por cualquier parte —contestó—. Un día aparecerán sus huesos…

—En fin, un estorbo menos, ¿no le parece?

—Sí, Storrel.

—Pero hay otro todavía, doctor. Está en el pueblo.

Huckmaster apretó las mandíbulas.

—Sospecho que no diste demasiado fuerte —gruñó.

—Hice lo que pude. Él se movió cuando yo ya le pegaba.

—Pudiste haber repetido el golpe…

—El maldito perro ladraba horriblemente. Estaba muy cerca y temí que lo soltaran. Tuve que largarme más que a prisa, pero, sinceramente, creí que lo había liquidado.

—Tiene la cabeza muy dura. —Huckmaster se echó a reír—. Pero de nada le va a servir. Le tengo preparada una bonita sorpresa.

—Sí, se va a divertir mucho —rió Storrel.

Byrnes meditó sobre lo que debía hacer. Era indudable que aquellos tipos pretendían capturar también a Ethel. Debía evitarlo, aunque como ello no parecía inminente, decidió aguardar un poco más, a fin de observar su reacción, cuando terminaran de excavar la tumba.

Transcurrió otra hora. De pronto, oyó el golpe inconfundible de la pala contra la madera.

—Estoy llegando, doctor —anunció Storrel.

—Bien, acaba de una vez…

—Un momento, por favor. Parece que me haya dado un baño. Estoy empapado de sudor…

Storrel tenía casi todo el cuerpo hundido en la sepultura. Apenas si asomaban la cabeza y los hombros. Byrnes le vio sacar un frasco plano, del que tomó un par de tragos. Luego oyó unos complacidos chasquidos de lengua.

—Bueno, allá va… Oiga, doctor; el féretro está cerrado con llave.

—Toma esta palanca —dijo Huckmaster, a la vez que le entregaba una barra de hierro—. Descerrájalo.

La luz de la luna no era ya suficiente y Huckmaster encendió una potente linterna. Storrel actuó con la palanca y. al fin. Byrnes oyó el ruido de la cerradura que saltaba.

—Dámela —pidió Huckmaster ávidamente, extendiendo los brazos, arrodillado al borde de la sepultura.

Storrel hizo girar la tapa del ataúd. Inmediatamente, lanzó un grito de sorpresa. Huckmaster emitió un indescriptible rugido.

—¿Qué es eso?

Storrel tiró de la manta. El esqueleto quedó al descubierto.

—¡Rayos! —juró.

Hubo un instante de silencio. Byrnes empezó a pensar en una prudente retirada.

—Ese esqueleto…

—Es el del doctor Long —adivinó Huckmaster—. Alguien ha querido burlarse de nosotros, pero no será él quien diga la última palabra, te lo aseguro. Aprisa, hemos de dejar todo tal como está. Empieza a echar tierra de nuevo.

Byrnes ya no quiso seguir escuchando más. Con gran cautela, reptó hacia atrás, hasta alejarse lo suficiente para poder ponerse en pie y lanzarse a la carrera hacia la casa de Ethel.

Tenía que poner sobre aviso a la muchacha. El último acto del drama estaba a punto de ser representado.

En pocos minutos, estuvo en la carretera. Súbitamente, vio venir hacia él varias formas blancas.

Extrañado, se detuvo. Aquellas formas blancas, lo vio bien pronto, eran mujeres, vestidas con largas túnicas, que cubrían sus cuerpos totalmente, desde los hombros a los tobillos.

La luna iluminaba con todo su resplandor al grupo de mujeres, todas jóvenes y atractivas. Había seis o siete y. de súbito, Byrnes reconoció a una de ellas.

—¡Minna! ¡Minna Svenson! —gritó.

Minna sonreía de un modo especial. Las otras sonreían también.

Empezaron a rodearle. Por primera vez en mucho tiempo. Byrnes sintió miedo.

Trató de correr, iniciando la huida en sentido contrario, pero una pierna trabó las suyas y le hizo caer de bruces. Inmediatamente, todas las mujeres se arrojaron sobre él.

Entonces comprendió el significado de las palabras pronunciadas por el doctor Huckmaster. «Le tengo preparada una bonita sorpresa», había dicho.

Ahora ya sabía cuál era la sorpresa, aunque no conocía sus fines. Desesperadamente, intentó luchar para desasirse de aquella docena de brazos que parecían los tentáculos de un pulpo fantástico.

—¡Minna, ayúdame! —clamó frenéticamente.

Pero su antigua amiga no contestó a sus demandas de socorro. De pronto, una de ellas le golpeó en la cabeza.

Byrnes sintió que la noche estallaba en un inmenso fogonazo, antes de oscurecerse absolutamente. Le pareció que se hundía en una sima sin fondo y dejó de ver y de oír por completo.

* * *

Despertó en una habitación sin ventanas y supuso que se hallaba en un subterráneo. Al cabo de un rato, se sintió lo suficientemente animado para levantarse.

Había en el techo una lámpara, sin pantalla, de escasa potencia. Vio una jarra y un vaso.

Había agua en la jarra y llenó el vaso, antes de verter el contenido sobre su cabeza.

La frescura del líquido le despejó considerablemente. Esta vez, se dijo, el golpe no había sido tan fuerte como el anterior. Al consultar su reloj, supo que había estado sin conocimiento poco más de media hora.

Pero había sido suficiente para que le llevasen a Haphad Hill, se dijo. Era alto, fornido y pesaba más de ochenta kilos; sin embargo, seis mujeres le habrían transportado hasta allí sin el menor esfuerzo.

Tomó un par de tragos de agua. Se acercó a la puerta y la examinó intensamente. Era de madera, pero, al golpearla con los nudillos, supo

que al otro lado había una plancha de metal.

Se registró los bolsillos. Habían respetado todos sus objetos personales, pero ni siquiera tenía un cortaplumas. La evasión, por tanto, era imposible.

Al pie de la puerta, había una rejilla de ventilación. Se tendió en el suelo y trató de ver a través de las ranuras, pero no consiguió captar el menor detalle de lo que había al otro lado. Tumbado en el suelo, con la cara apoyada en una mano, trató de reflexionar.

Las jóvenes estaban vivas, aunque resultaba evidente que no eran dueñas de sí mismas. Seguramente, Sally Heaton y Moira Stevens estaban allí, entre otras a las que no conocía. Le pareció haber visto también a Tisha Mathieson, pero la refriega había sido muy breve y la luz era escasa. Sí, estaría allí, con Minna Svenson.

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Sabían ellas en qué situación se encontraban? ¿Qué pretendía Huckmaster al reunir allí semejante grupo de mujeres? ¿Había pretendido tener un harén? O ¿qué inconfesables motivos le habían impulsado a hacer una cosa semejante?

Lo peor de todo era, reconoció amargamente, que Ethel también iba a formar parte de aquel grupo a no tardar demasiado. En cuanto a *Duke* podía considerarlo como perdido. ¡Pobre animal!, suspiró.

Y ¿qué sería de Glenda Maryland, abandonada en la casa de Ethel? Bueno, la encontrarían allí y acabaría también formando parte de aquella «cuadra». ¿Qué explicación le daría Huckmaster, si llegaba a dársela?

Enervado, deprimido, se sentó en el suelo. Apoyó la espalda en el muro, sacó un cigarrillo y lo encendió. Era lo único que podía hacer por el momento.

* * *

De repente se dio cuenta de que estaba adormilado, porque despertó al oír un ruido en la puerta.

Inmediatamente se puso en pie. La puerta se abrió. Con enorme sorpresa, vio a Minna al otro lado.

Byrnes estuvo a punto de lanzar un grito, pero ella se puso un dedo ante los labios.

—No grites —siseó.

Byrnes hizo un gesto de asentimiento. Minna, apreció, vestía de la

misma forma que en el momento de la captura. Los ojos de la joven brillaban con cierta animación.

—Ven, pronto —añadió.

Byrnes tomó la mano que Minna le tendía. Ella le hizo salir a un angosto corredor, al final del cual se divisaba una escalera de piedra. Byrnes intentó correr, pero Minna no podía.

—No tengo muchas fuerzas —se disculpó.

—Tienes que contarme muchas cosas —dijo él.

—En otro momento. Ahora quiero que salgas de aquí y que avises a la policía. ¿Lo harás, Darcy?

—Cuenta conmigo. Minna, te creí muerta...

—Ese hombre me dijo que todo el mundo supone que lo estoy.

—Os sacaré de aquí a todas, a ti, a las otras... Minna, dime, ¿por qué me atacaste hace varias horas?

—Nos lo ordenó él. Hay momentos en que tenemos que obedecerle y no podemos resistirnos a sus mandatos.

—Creo que empiezo a comprender —murmuró él.

Alguna droga narcótica, que anulaba la voluntad de las prisioneras, no cabía duda. De otro modo, no se explicaba la actitud hostil que habían observado al atacarle.

Momentos después, salían del subterráneo. Byrnes se encontró en un espacioso vestíbulo, en uno de cuyos lados estaba la escalera que conducía al piso superior. En el opuesto, vio la puerta que conducía a la libertad.

Minna le empujó suavemente.

—Anda, ve; todavía es de noche...

Byrnes echó a correr. Cuando llegaba a la puerta, oyó una voz irónica.

—Amigo mío, aunque a veces empleo métodos muy sofisticadamente científicos para detener a las personas, ahora estoy recurriendo al viejo, pero confiable sistema del fusil cargado —dijo Huckmaster—. Si intenta tocar el picaporte, considérese muerto.

Byrnes se inmovilizó en el acto. Luego, muy lentamente, se volvió.

Huckmaster estaba en el piso superior, junto a la escalera, con el rifle en las manos.

Byrnes no dudó de que el sujeto cumpliría su amenaza.

Levantando las manos, se apartó de la puerta. Entonces, inesperadamente, apareció Starrel, con ojos inyectados en sangre.

—Doctor...

—¿Qué estabas haciendo, estúpido? —le apostrofó Huckmaster—. No, no me lo digas; demasiado lo imagino. Te gusta refocilarte con las mujeres y te llevaste a ésta a tu dormitorio. ¿Por qué no le aplicaste la inyección a su hora?

—Bueno, doctor, verá, es que...

—¡Basta! —rugió el doctor—. Inyéctala inmediatamente, ¿me oyes? Si esto vuelve a suceder, te pegaré un tiro. ¡Vamos, de prisa!

Byrnes comprendió lo que sucedía. A fin de tener sujetas a las jóvenes, Huckmaster les inyectaba cada día una solución de su narcótico. Storrel lo sabía, pero se había descuidado con Minna, la cual había aprovechado la situación para quitarle la llave y tratar de salvarle. Lo cual le hizo saber que, en medio de todo, las prisioneras no perdían por completo su consciencia.

Pero Minna había pagado un precio muy caro por conseguir su libertad, sometiéndose a la lascivia de Storrel. Era un gesto que nunca agradecería lo suficiente. Y en cuanto a Storrel...

El sujeto inició el descenso de la escalera, con una jeringuilla en las manos. Arriba, en el primer peldaño. Huckmaster se rascó de pronto el cuello.

—Maldito mosquito —le oyó Byrnes quejarse. Storrel llegó junto a Minna.

—Extiende el brazo —ordenó.

Repentinamente. Minna tuvo un arranque y golpeó la jeringuilla, lanzándola a gran distancia, a la vez que exhalaba un penetrante alarido.

—¡No, no lo permitiré! —gritó.

CAPÍTULO XI

El golpe hizo trastabillar a Storrel. Byrnes se dijo que era la ocasión de intervenir. Saltó hacia el individuo y le golpeó en el mentón.

Con enorme asombro, comprobó que Storrel apenas si había acusado el golpe.

Desconcertado, le vio sonreír. Otro cualquiera, se dijo, habría caído fulminado.

Su aturdimiento le hizo perder un tiempo precioso. Storrel contraatacó a su vez. Byrnes vio venir el puño hacia sí, pero no pudo evitar el impacto que lo arrojó hacia atrás.

Cayó al suelo, viendo infinidad de estrellas por todas partes. Sabía que conservaba el conocimiento, pero se había quedado sin fuerzas, completamente *groggy*. Oía los agudos chillidos de Minna, debatiéndose entre los robustos brazos de Storrel, pero no podía hacer nada para ayudarla.

Finalmente, Storrel se hartó y golpeó secamente el mentón de la joven, que se desmoronó como un montón de ropas viejas. Luego la cargó al hombro y desapareció de la vista de Byrnes.

Huckmaster descendió premiosamente la escalera. Llegó junto al joven y golpeó su cuerpo con el pie, sin dejar de apuntarle con su fusil.

—Levántese —ordenó.

Byrnes apoyó ambas manos en el suelo. Hizo un esfuerzo y quedó a gatas.

—No intente tirarse contra mí —advirtió Huckmaster—. Tengo el dedo en el gatillo continuamente.

—Entonces, ¿por qué no dispara? —dijo el joven rabiosamente.

—Sigo haciendo experimentos de una forma continua —respondió Huckmaster—. Con toda seguridad, usted vio lo que le pasó al doctor Long. Pero era algo aún demasiado lento. Probaré con usted una dosis, al objeto de ver si… la «cosa» resulta más rápida.

Byrnes sintió un escalofrío. Al fin, notó que le volvían las fuerzas y logró ponerse en pie.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué hace todo esto?

—Todavía es pronto para que lo sepa. Pero, descuide, no se irá al otro mundo sin conocer toda la verdad. Camine hacia aquella puerta, ¿quiere?

El cañón del arma señaló un momento la puerta. Byrnes, resignado, echó a andar y abrió cuando se lo ordenó Huckmaster.

Entonces, se encontró en un pequeño cubículo, de unos tres metros de lado. Huckmaster tocó un botón y el suelo su hundió. Byrnes supo así que estaba en un ascensor.

El descenso duró pocos segundos. Huckmaster abrió la puerta y movió la mano izquierda.

—Pase —invitó, con la sonrisa en los labios.

Byrnes franqueó la puerta. Dio unos pasos y. de pronto, se detuvo, completamente estupefacto al contemplar un espectáculo absolutamente inesperado.

Había varias camas, en una larga hilera, situadas en uno de los lados de aquel subterráneo, que era, en realidad, una habitación, amueblada con modestia, pero sin que faltasen los elementos necesarios. Y cada cama estaba ocupada por una mujer joven y hermosa.

Tisha estaba allí, y seguramente Sally y Moira y...

Reconoció también a Glenda. De súbito, un agudo grito brotó de su garganta:

—¡Ethel!

* * *

Sí, la muchacha estaba allí, tendida en uno de los lechos y vestida como las demás. Sus ojos se hallaban cerrados y tenía las manos a lo largo de los costados. En su rostro no había la menor señal de temor; dormía apaciblemente, como si estuviese ignorante de la suerte que le aguardaba.

Byrnes se volvió hacia Huckmaster.

—Lo ha conseguido, al fin.

—Sí —sonrió el sujeto—. ¿Qué le pasa? ¿Creyó que era un asesino?

—Ethel lo estimaba así...

—Era una exagerada. Lo de Charlotte Dewin no fue un error

médico, más corriente en la profesión de lo que usted cree. Claro que me costó la expulsión del Colegio Médico, pero… No, no soy un asesino. Simplemente, un científico que trabaja por el progreso de la humanidad.

Byrnes movió la mano en semicírculo.

—No me diga que esto es progreso —dijo sardónicamente—. Siete u ocho mujeres prisioneras, todas jóvenes y muy hermosas… y dispuestas a satisfacer su sensualidad cuando usted lo desea.

Huckmaster enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Le vi un par de veces, en su dormitorio… El doctor se echó a reír.

—Mi querido amigo —dijo—. El cuerpo humano tiene sus necesidades y es preciso satisfacerlas.

—Aprovechándose de la indefensión de esas pobres chicas, ¿verdad?

—Bueno, a fin de cuentas, también ellas resultarán beneficiadas.

—¿En qué sentido? —preguntó Byrnes, escéptico.

—Soy, primordialmente, investigador biólogo. Los trabajos que realizo no pueden ser efectuados con los vulgares cobayas. Por tanto, necesito seres humanos.

—Como conejos de Indias, ¿verdad?

Huckmaster hizo un amplio ademán.

—Mírelas a todas —dijo—. Tienen un aspecto maravilloso, como jamás lo tuvieron antes de ahora. No sufren ni sufrirán ninguna secuela y, si las mantengo bajo hipnosis, es porque, precisamente, las necesito a todas. No puedo permitir que ninguna se escape, aunque debo admitir que la señora Svenson ha estado a punto de conseguirlo.

Byrnes entornó los ojos.

—Según tengo entendido, también «murieron» algunos hombres en Five Miles —dijo.

—Es cierto, aunque con ellos hice otra serie de experimentos que, por desgracia, no dieron resultado.

—Luego están muertos.

—Lo siento —dijo Huckmaster fríamente—. Todo lo que hago es en interés de la ciencia, aunque usted no quiera creerme.

—Después de haber visto morir al doctor Long, resulta difícil darle crédito —rezongó el joven.

—Long me ayudó mucho, es cierto, pero empezó a sentir escrúpulos de conciencia. Yo me he trazado una ruta, formulé unos planes, me señalé un objetivo a mí mismo, y no podía permitir que un pusilánime me pusiera en la derrota. Long era ya casi un viejo, pero no podía haber ganado mucho, si hubiese continuado a mi lado.

De pronto. Huckmaster se echó a reír.

—Amigo Byrnes, debo admitir que fue una broma estupenda. Nunca pude imaginarme que, en lugar de Glenda, encontraría en el ataúd los huesos de Long. Me puse furioso en el primer momento, es cierto, pero tengo un notable sentido del humor y luego me reí mucho, créame…

—Oh, sí, es posible. Y luego envió a todas esas mujeres a capturarme...

—Tenía que hacerlo. Storrel y yo debíamos ir a casa de Ethel.

—El perro habrá muerto, supongo. O morirá, como el doctor Long.

—No. Usé una bala, por fin. Tenía que actuar con rapidez. No valía la pena gastar una dosis de mi producto en un can. Además, ello intimidó a Ethel y se dejó capturar sin resistencia.

Byrnes lanzó una mirada a la muchacha.

—Entonces, ellas le obedecen...

—Sí. Sus captoras cumplían órdenes mías. Les dije que le buscasen por el pueblo, en donde le encontrarían, con toda seguridad. No olvide que dos de ellas le conocían.

—Ya —murmuró el joven—. Cumplieron sus órdenes, no cabe duda.

De pronto, se acercó a la cama ocupada por la muchacha. Quería hacer una prueba.

—¡Ethel, levántate! —exclamó. Detrás de él, sonó una risa burlona.

—Es inútil, Byrnes —dijo Huckmaster—. Ellas sólo obedecen a mi voz. El joven se volvió.

—Eso es imposible...

—Se lo voy a probar. Apártese.

Byrnes retrocedió unos pasos. Huckmaster se acercó a la cama.

—Ethel, siéntate.

La chica obedeció en el acto.

—Ahora, abre los ojos. Ethel lo hizo.

—¿Me reconoces? ¿Quién soy yo?

—El doctor Huckmaster —contestó ella con voz neutra.

—¿Reconoces a este otro hombre?

—Darcy Byrnes.

—Está bien. Sigue durmiendo.

—Sí, doctor.

De pronto. Huckmaster notó un movimiento a su derecha y se revolvió velozmente, encañonando al joven con el rifle.

—¡Quieto! No me obligue a matarle —rugió.

Byrnes apretó los labios. Estaba en poder de aquel vesánico sujeto y lo peor era que no sabía cómo salir indemne de tan crítica situación.

Ethel se había tendido nuevamente en el lecho. Huckmaster miró torvamente al joven. De pronto sonrió.

—Esta noche, su chica se convertirá en mi amante —dijo.

Byrnes crispó los puños, pero no podía hacer nada contra un rifle dispuesto a vomitar una bala en cualquier instante. Por el momento, estaba vivo y ello era muy importante. Aún tenía esperanzas.

Huckmaster emitió una orden:

—Ponga las manos sobre la cabeza y camine hacia el ascensor.

Byrnes obedeció. Entró en el ascensor, pero en lugar de volver a la planta, como había esperado, vio que se abría la puerta opuesta.

—Entre —dijo Huckmaster.

Byrnes dio unos cuantos pasos y se encontró en el que suponía infernal laboratorio donde Huckmaster realizaba sus infernales experimentos.

* * *

A primera vista, no se diferenciaba de otros laboratorios químicos que había visto. En todo caso, se dijo, la diferencia estaría en las sustancias empleadas por Huckmaster.

—Allí —dijo el sujeto—. Siéntese en aquel taburete, ponga las manos sobre las rodillas y no se mueva para nada.

Byrnes hizo lo que le decían. Huckmaster buscó en un cajón y le lanzó algo, que él atrapó al vuelo.

—Sujétese una de las argollas a un tobillo. La otra quedará cerrada en torno al vástago del taburete.

Byrnes se inclinó para cumplir la orden. El taburete se apoyaba sobre un vástago cilindro de hierro, sostenido a su vez por tres patas cortas, muy abiertas. Cuando tuvo el tobillo sujeto, Huckmaster exhaló un suspiro de satisfacción.

—Esto me permitirá relajarme un poco —sonrió—. Realmente, es muy molesto tener que estar con el fusil todo el rato en las manos. Y usted, ¡es tan peligroso!

Byrnes frunció el ceño. De pronto, le había parecido que

Huckmaster estaba pálido. Pensó que sería una ilusión óptica, tal vez debida a la iluminación del laboratorio.

—Todavía no lo sabe bien —dijo—. Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que pretende, doctor?

—Estoy haciendo experimentos sobre aceleración o retardo de la vida celular — contestó Huckmaster—. Las células viven y así vive el organismo. Si envejecen rápidamente, el organismo envejece también.

—Y si esa vida celular es retardada, la existencia humana puede prolongarse mucho más de lo corriente.

—Exacto. Todo ello, sin contar con los beneficios que se obtendrían de, por ejemplo, la curación del cáncer...

—Vamos, doctor —rió el joven—. No irá a decirme ahora que se cree un benefactor de la humanidad.

—¿Y por qué no? —exclamó Huckmaster—. Si consigo curar el cáncer, si consigo alargar la vida humana en cincuenta o más años del promedio, ¿no cree que habré hecho un gran beneficio a la humanidad?

—A costa de Dios sabe qué infernales experimentos, a costa de varias vidas de personas... ¿Cree que eso es ético?

Huckmaster se inclinó hacia el joven.

—En los laboratorios se experimenta con animales y muchos mueren. Con mi trabajo, sucedía lo mismo. ¿Qué importancia podían tener ocho o diez vidas humanas, cuando puedo salvar la de millones

de personas? Aquellos a quienes mis fórmulas curen en lo sucesivo, los que vean la perspectiva de llegar hasta los ciento cuarenta o ciento cincuenta años, ¿cree que llorarán a los que han muerto durante mis experimentos?

—Es un argumento falaz...

—Tómelo como quiera, pero sucederá así, Byrnes. Quizá, un día, me llamen monstruo, pero los que se curen no pensarán así, no les importarán los pocos muertos que ha costa- do la salvación de millones. Usted sabe que eso es bien cierto.

—Es posible que tenga razón —acabó por admitir el joven—. Pero ello no le eximirá de sus responsabilidades ante la ley.

—¡Al cuerno con la responsabilidad! —dijo Huckmaster brutalmente—. Todos los que murieron fueron a causa de enfermedades perfectamente normales. Cuento con los certificados del doctor Long. ¿Quién se atreverá a procesarme?

—Parece que lo había planeado usted muy bien, doctor. Pero ¿qué objeto tenía adquirir el valle?

—Quiero que sea mío por completo. Cuando lo haya conseguido, y me falta ya muy poco, lo rodearé con una valla intraspasable. Sí, serán ocho o diez kilómetros de alambrada, pero todo propietario tiene derecho a cercar su finca. Y así podré culminar mis experimentos, sin necesidad de que ningún entrometido venga a husmear donde no le importa.

—Y. además, reinará como un sultán en su harén. Hoy quiero ésta, mañana la otra...

Cuando una le moleste, la matará...

Huckmaster se echó a reír. Luego sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que corría por su frente.

—Es usted muy listo, amigo mío —exclamó jovialmente—. La lástima es que no pueda disfrutar de mi fórmula, para vivir medio siglo más.

—Me va a inyectar la misma dosis que propinó a Long, ¿no es así?

Huckmaster se acercó a una mesa y contempló unos instantes los recipientes de vidrio que había en ella.

—Sí, así es —confirmó siniestramente.

CAPÍTULO XII

Huckmaster cogió una pipeta de vidrio, la introdujo en una probeta y extrajo un poco de líquido. Luego abrió un tubo de ensayo y depositó en su interior media docena de gotas de aquel líquido. Inmediatamente, tapó el tubo y luego lo agitó muy suavemente. Finalmente, lo puso sobre un soporte, situado encima de un mechero de alcohol, que encendió a continuación.

Byrnes tenía el pie derecho apoyado en el suelo, y se apoyó en él, para buscar una postura más cómoda. Luego dijo:

—¿Doctor?

—¿Sí? —contestó el interpelado.

—Todo esto cuesta mucho dinero y no parece que usted haya explotado a sus víctimas...

—Mis víctimas, no —corrigió Huckmaster orgullosamente—. Diga más bien mis pacientes. Unos viven, como es lógico, y otros han muerto. Pero eran y son pacientes.

—Como quiera, no vamos a discutir por un tema tan nimio. Estábamos hablando del dinero que le ha costado todo esto.

—Soy rico. Gané mucho antes del tropiezo que tuve con la amiga de Ethel Barrow. Además, había heredado una gran fortuna de mis padres. Puedo permitirme todos estos gastos y aún más. Si hubiese sido otro, me habría dedicado a la buena vida, pero la ciencia me atrajo siempre. Además, un día se popularizará mi fórmula y ganaré millones... No. el dinero no es problema para mí.

—Hombre afortunado —comentó Byrnes irónicamente.

Volvió a agitarse en el taburete—. Un día le llamarán el sultán de Haphad Hill.

—¿Por qué no? —rió Huckmaster. Vigilaba el tubo de ensayo y. pasados dos minutos, añadió algunas gotas de otro líquido.

—Puede que también le llamen el médico del diablo. O del infierno...

—Satanás no necesita médicos.

Huckmaster sacó el pañuelo y volvió a secarse el sudor de la frente. De pronto, lanzó un gruñido:

—¿Dónde diablos estará ese condenado Storrel? Ya tendría que

haber vuelto…

Pasados unos segundos, apagó el mechero y continuó observando el tubo de ensayo. De pronto, sufrió un estremecimiento.

—No sé qué me sucede —gruñó—. Voy a tomarme una copa.

—Otra para mí, doctor —pidió Byrnes desenvueltamente.

Huckmaster le miró por encima del hombro. Sonriendo, fue hacia un estante, destapó una botella y llenó dos vasos, uno de los cuales entregó a su prisionero. Byrnes levantó el vaso.

—¡Larga vida, doctor!

Huckmaster repitió el gesto. Luego llevó el vaso a los labios. Byrnes oyó el tintineo del vidrio al chocar contra los dientes del doctor. Fijó la vista en su rostro y lo vio muy pálido, grisáceo, con abundantes gotas de sudor desde la frente al mentón.

Aquel color le recordó el del doctor Long. ¿Iba a sucederle a Huckmaster lo mismo?

¿O tal vez se trataba de la excesiva tensión del momento, que en Huckmaster causaba sudor y palidez?

Inesperadamente, Huckmaster lanzó una imprecación.

—¡*Condenudo* Storrel…! Voy a ver qué *domanios* está haciendo…

Byrnes frunció el ceño. En aquellas frases, había dos palabras mal pronunciadas.

—*Volvaré* enseguida —dijo Huckmaster, a la vez que echaba a andar hacia el ascensor.

Byrnes permaneció inmóvil, hasta que hubo visto desaparecer al sujeto. Entonces, apoyándose sobre el pie derecho, hizo girar el asiento del taburete, hasta sacar por completo el pie cilíndrico de hierro.

Así pudo liberarse del taburete. Las esposas seguían unidas ahora a su tobillo izquierdo, pero ello no le impedía moverse con toda libertad.

Lo primero que hizo fue apoderarse del rifle. Se disponía ya a dirigirse al ascensor, cuando, de pronto, recordó algo.

El cañón del fusil barrió la mesa, destrozando frascos y recipientes de vidrio, muchos de los cuales fueron arrojados al suelo. Byrnes lanzó un gruñido.

—¡Al diablo con estas malditas fórmulas!

Luego corrió hacia la puerta y presionó el resorte de mando del ascensor.

* * *

Cuando llegó a la planta baja, oyó gritos que procedían del primer piso. Una mujer chilló agudamente. Byrnes reconoció la voz de Minna.

Storrel lanzó una obscena interjección.

—¡Déjeme en paz de una vez, estúpido! —gritó- . Estoy harto de trabajar por cuatro miserables peniques, siempre ayudándole en sus experimentos...

—Te dije que alargaría tu *exastencía*...

—Esto es mejor, aunque viva menos años —dijo Storrel—. Usted ya tiene lo que quería, conque no me moleste más.

Byrnes empezó a subir lentamente la escalera. Storrel lanzó una agria risotada.

—No, no la inyecté —dijo—. Es muy guapa y se ha portado muy cariñosamente conmigo...

El joven llegó al primer piso. Avanzó unos cuantos pasos y se situó junto a una puerta que había visto abierta.

Minna aparecía desnuda, sobre un lecho, mordiéndose el labio inferior, mientras contemplaba la discusión entre los dos hombres. Storrel tenía un maletín en la mano izquierda.

Al fondo. Byrnes divisó una pequeña caja fuerte, empotrada en la pared y abierta de par en par. No cabía la menor duda: Storrel había decidido abandonar Haphad Hill y llevarse el dinero que había en la caja fuerte.

—No te *morcharás* —dijo Huckmaster, hablando con dificultad. Las palabras parecían explotar en su boca.

Entonces Byrnes supo que Huckmaster estaba condenado a muerte. Y la respuesta de Storrel se lo confirmó en el acto.

—Sí, me iré —dijo el sujeto-—. Doctor, he aprendido mucho a su lado. Por ejemplo, cuando preparó el dardo con la fórmula acelerada para el doctor Long, hice otro igual.

¿No recuerda el mosquito que le picó?

Los ojos de Huckmaster se abrieron desmesuradamente. Fue a decir algo, pero las palabras borboteaban en su boca, sin que se le

entendiera en absoluto.

Storrel rió burlonamente.

—Está muerto, doctor —dijo—. Dentro de unos minutos, no será más que un montón de huesos…

Repentinamente. Storrel lanzó un espantoso alarido.

Byrnes vio brillar algo en la mano de Huckmaster. Un potente chorro de sangre brotó de la yugular de Storrel. Huckmaster había empleado un bisturí, no le cabía duda.

Minna se tapó los ojos con las manos, llena de horror. Storrel se mantuvo todavía unos segundos en pie, con los ojos fuera de las órbitas, pronunciando palabras que no se podían entender. De pronto, se derrumbó al suelo, pataleando horriblemente.

Huckmaster pareció perder las fuerzas en aquel momento y se sentó en una silla.

Byrnes decidió que era hora de intervenir.

Entró en el dormitorio y corrió hacia Minna, envolviéndola en una sábana, para alzarla a continuación en sus brazos.

—No temas, soy yo —dijo.

Cuando se disponía a salir. Huckmaster levantó la mano. La carne se le desprendía en pedazos semilíquidos, de los que brotaba un horrible hedor. Byrnes notó los estremecimientos que sacudían el cuerpo de Minna.

—No mires —aconsejó.

Pero él no pudo resistir la tentación y se volvió desde el umbral.

En los ojos de Huckmaster ya no había luz. Su rostro se derretía como si estuviese hecho de cera fundida. Las ropas perdían consistencia. Por las perneras de los pantalones, surgían espesos arroyos de una materia grisácea, que despedía un olor insoportable.

Los huesos del cráneo empezaron a hacerse visibles. Byrnes decidió que ya había visto bastante.

Storrel había dejado de moverse. Byrnes llevó a Minna a otra habitación y la dejó en una cama.

—No te muevas, por favor.

Luego corrió al subterráneo. Todas las prisioneras aparecían aún dormidas. Byrnes tomó el pulso de Ethel y se sintió satisfecho. El corazón de la muchacha latía casi con normalidad.

Pasó a la cama de Glenda. Los latidos de su corazón eran más frecuentes que cuando la había auscultado la víspera en casa de Ethel.

Aquello fue más que suficiente. Todas las prisioneras volverían a la normalidad. El narcótico no dejaría secuela en sus organismos. Huckmaster lo había dicho y, al menos en este aspecto, era preciso concederle crédito.

Ahora vendrían las investigaciones policiales. Era lógico. Pero lo que iba a suceder a continuación, carecía de importancia.

* * *

Un par de semanas más tarde, Byrnes apareció en la casa de Ethel, llevando algo en un cestito.

—Mira lo que te traigo —dijo. Ethel juntó las manos, arrobada.

—Es precioso...

—Pensé que te gustaría tener el sustituto de *Duke*.

—Has tenido una idea magnífica —aprobó ella—. Empezaba a echarlo de menos...

El cachorrillo fue puesto en el suelo y empezó a husmear por todas partes. Ethel le hizo unas cuantas caricias.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Bien, ya empiezo a olvidar...

—En el pueblo también. La gente está regresando. Muchos no quieren creer que algunas de las «muertas» hayan resucitado.

Ethel se puso triste.

—En cambio, otros murieron —dijo.

—Era un hombre que no tenía conciencia —manifestó Byrnes—. Tal vez era un demente, al menos en este sentido: quería conseguir algo y no reparaba en métodos... Al final, sus trabajos se volvieron hacia él, de la forma menos esperada.

—Storrel vació su caja fuerte.

—Sí, había casi treinta mil libras. A Huckmaster le gustaba disponer de dinero en efectivo. A veces, extender un cheque podía resultarle comprometedor. Había pagado casi todas sus compras con billetes y, naturalmente, Storrel lo sabía. Pero no parecía satisfacerle demasiado la perspectiva de vivir para siempre en el valle y, por otro lado, quería evitar que Huckmaster pudiera perseguirle algún día.

Además, se consideraba mal pagado...

Ethel suspiró.

—Todo eso ha terminado ya —sonrió—. ¿Qué dice Minna?

—Oh, se ha ido a hacer un largo crucero por todo el mundo. Puede que esté ausente un par de años. Me recompensó principescamente. Pero nunca hubo nada entre los dos.

Ella le miró oblicuamente.

—Pasaré por alto esa afirmación —dijo.

—Bueno, nada en sentido definitivo —puntualizó él—. Es hermosa, tiene mucho dinero... pero no es la mujer de mis sueños.

El cachorro empezó a mordisquear uno de los zapatos de Ethel. La joven se inclinó y lo cogió en brazos.

—¿Qué vas a hacer ahora, Darcy?

—Volver a mi trabajo, claro. Fui investigador, pero sólo en esta ocasión. Me esperan unos importantes proyectos sobre finanzas, pero si me hicieses un sitio en esta casa, podría trabajar aquí. Traería mi computadora portátil mis reglas de cálculos, los libros de consulta...

Miró a la joven, sonrió y puso las manos en su talle.

—Naturalmente todo eso, después de la boda —añadió.

—Ah, respiro aliviada —rió Ethel.

—Y tú podrás continuar con tus ilustraciones para cuentos infantiles... Byrnes se volvió y paseó la vista por los alrededores.

—Me gusta el paisaje —añadió—. Y resultará más hermoso, cuando lo contemplemos los dos juntos. Si te parece bien.

Ethel sonrió dulcemente.

—Me parece magnífico —contestó.

F I N





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.